La Hacienda

de los Cuatro Vientos

Manuscrito - comp.

mayúsculas en versales
mayúsculas corridas

ACTO PRIMERO

PUERTO RICO 1830. Sala ~~[illegible]~~ REGIA y OSCURA, llena de ~~[illegible]~~ (1)
TELARAÑAS PERO CON CIERTA AURA SEÑORIAL de la HACIENDA
DE LOS CUATRO VIENTOS. UN ~~[illegible]~~ butacón gótico resplandece
~~ESCENA PRIMERA~~
POR SU CUENTA dentro de un mobiliario MAS IMPROVISADO. Atardecer

mayúsculas en versales

ESCENA PRIMERA

El cabo MATOS, don FRANCISCO JAVIER de ANDRADE, doña
ANTONIA MONTALCIA de ANDRADE.

mayúsculas corridas

Cabo (al entrar) Perdonen los señores como encuentran esta
sala. Hace ocho años que aquí no ha limpiado nadie.
Antonia - Hay telarañas de un cuarto de siglo.
se siguió en ello la voluntad de vuestro señor tío,
Cabo - Se siguió en ello la voluntad de vuestro señor tío,
señora. Siempre deseó que la casa muriera con él. Aunque
me ordenó quemarla ~~[illegible]~~ después de su entierro, no
me resolvía a hacerlo. Consultado el caso con el preboste
tero don José Hermenegildo de la Paz, quien es hombre
letrado, éste me aconsejó solicitar providencia escrita de la
familia en España.
Antonia - Pues las órdenes son rebrillarlo todo como si la
casa naciera de nuevo.
Cabo - Se hará como la señora ordene que voz de mando tiene.
Don Francisco - ¿No fue feliz mi tío en esta casa?
Cabo - Al principio, no mucho. Sin duda, sus ojos hubieran
preferido contemplar viñas y olivares a contemplar cafetos y
azucubales. Pero después se acostumbró a la fragancia
de la vainilla y a la cáscara amarga del gengibre. Cuando
adquirió sus tierras de la carta de domicilio de monsieur
Pierre Mahón, instaló en ellas un trapiche y una algo-
donera. Entonces placía de contemplar sus tierras y hablar
con sus maestrales. Los domingos bajábamos a la Ermita
de la Providencia con la bandera española galopando
en una jaca andaluza. Después ~~empezaron a llegar las~~ ~~[illegible]~~
malas noticias, peores las de la península que las de Tierra
Firme; que más daño nos hizo que ~~las~~ nos quitaran la
constitución que el armisticio de Trujillo. Con tantas desgracias
juntas, los hombres empezaron a marchitarse y las cepas a
apachurrarse. Vuestro señor tío sufría más que ninguno. Como
buen liberal, era muy celoso del prestigio de nuestro Rey
constitucional. Desde entonces tuvo que venir don José Hermene-
gildo de la Paz a bendecir la bandera en nuestra propia casa,
porque mi señor no gustaba de platicar con los absolutistas.
Llegó el día en que mi señor dejó de asearse y apenas
comía. Su mano andaba un poco trémula y su mente un
tanto nublada. Yo, viendo que las cosas no iban como deben

ir las cosas relativas al señorío, subí la bandera al cuarto
de máquinas, ahorqué a tres venezolanos que se nos descolgaron
~~desde~~ por la sierra a soliviantar a los pardos libres, y casé
a los esclavos realengos. Cuando mi señor acabó de tragarse
su tristeza, su cadáver cruzó por campos sembrados. (Pausa
penosa)

Don Francisco - ¿De dónde salísteis vos?

Cabo - De Murcia, mi amo; pero a mejor decir, de los deshechos
del ejército español de Nueva Granada. Un indio me sacó del
cuarto de rehenes, y me llevó a la costa, mitad en canoa y
mitad a lomo de águila. Allí me uní a un contrabandista que
me dejó herido de arma blanca en la Isla de Santo Tomé.
Pensé regresar a la península, mas me sentía un poco aver-
gonzado. Los pueblos adoran mucho a los vencedores pero
llenan de motes a los que regresan vencidos. Con una vela
atravesada por las cuchillas del barlovento llegué a una
playa, por donde andaba vuestro tío en busca de ganado.
Creyéndome un desertor, me hizo apalear con un furor
netamente español; mas tantas blasfemias saqué del saco
de mis alaridos, que acabó por echarse a reír y tomarme
a su servicio. Era un gran señor vuestro tío, un gran señor.

Don Francisco - ¿Y cómo un hombre de armas como vos ha podido
convertirse en un capataz de medianería?

Cabo - Cosas de estas tierras americanas, y del hambre que
gusta mucho de cabalgar en la grupa del menesteroso. Con
mi sable he tenido que cortar más espigas que cabezas.

Don Francisco ¿Cuántos hombres de campo tiene la hacienda?

Cabo - Entre esclavos, pardos libres, desertores de la playa
y hombres de campería, tenemos veintinueve; dieciocho
libres, a jornal, en la casa de campo y once esclavos,
en el cuarto de cepo. En los hatos,
a parche y olán,
a partes anolas, hay algunos más.

Antonia - ¿Gente ~~[illegible]~~ pacífica?

Cabo - Mozquidura y rabiosa, que no gustan de comprometerse
a tarea ruda y andan siempre susquiñeándose en sus malicias.
Siempre arreglan sus querellas a punta de sable, pero ante
una mano persuasiva, (mostrando el puño), se portan mejor.
Los esclavos están algo envejecidos. Las esclavas paren poco,
y casi siempre, a descuido del marido. Es un grupo huraño,
que vive atemorizado por los embelecos de una lerupa martini-
queña que merodea por aquí. Yo, varias veces he querido
ahorcarla, pero dice el presbítero don José Hermenegildo

de la Paz, que a los brujos, es mejor tenerlos a la vista que en el fondo de la tierra.

__Don Francisco__ - ¿Hay algun dinero?

__Cabo__ - Dinero hay, para adornar dos señoríos con una sobra larga. Desde la muerte de vuestro familiar, todo lo apunta don José Hermenegildo en tres resmillas de papel español cocidas al horno. Las monedas de cordoncillo están depositadas en la casa de ahorros que tiene el Banco de Londres en la capital, según las hijuelas. Aquí no tendrán mis señores otro cuidado que la soledad.

__Antonia__ - La soledad la puebla la oración del cristiano. (__El cabo se inclina con una respetuosa sorna__)

__Don Francisco__ - Bien, seguid a cargo de la hacienda hasta que yo pueda organizar una intendencia. Las mozas que vengan a limpiar las alcobas, puesto que el ama es doncella, y traed algunos hombres de la casa de campo, a limpiar aquí.

__Cabo__ - (__inclinándose__) Se hará como el señor ordene que voz de mando tiene. (__Sale__) ~~el cabo~~

mayúsculas espaciadas

E s c e n a   s e g u n d a

mayúsculas corridas

DON FRANCISCO, doña ANTONIA; al final, CONCHA, PILAR, JUANA Y MENILDE.

Don Francisco (desfalleciendo) Hermana. ¡Hermana!

Antonia – Ánimo, señor, que por primera vez pisáis casa que es vuestra.

Don Francisco – Casa de telarañas y cuentas de esclavos.

Antonia – ¡Pronto! ~~tendremos~~ vendrán alegres pensamientos ~~con que~~ a borrar el tizne de estas paredes y una voluntad religiosa a deshacer lo injusto. Tengo mis manos soñando con meterse a obra.

Don Francisco – Las mías han vivido tantos años oscurecidas por el rencor que en ellas se han muerto los deseos.

Antonia – Pues sacarlas a la luz debemos. Desde niños hemos vivido arrastrados por la desgracia. Aquí seremos libres.

Don Francisco – Triste condición la del segundón de casta. Para el primogénito, el dosel estrellado sobre la mesa de castaño, el criado más diestro; hasta el más dulce arrullo de los labios maternos.

Antonia – Cuidado, hermano; hay orejas que os escuchan desde otro mundo.

Don Francisco – Perdonad. El pesar más grande que siento en este instante es haberos unido otra vez a mi destino de hombre irresoluto. Una espada de capitán o una toga de clérigo hubieran podido ganar una dote para una hermana virtuosa.

Antonia – Yo preferí vuestra compañía a la paz del claustro. Tal vez, sin darme cuenta, también he vivido hechizada por la leyenda de una casa ilustre.

Don Francisco – Pero esta casa, ¡esta soledad!

Antonia – Mejores son que aquel palacio vacío, buen pudridero para segundones y legatarios de residencias como nos lo describiera el primogénito. Mirad estas paredes de ~~sus ladrillos fueron colocados~~ ~~mampostería. Cada uno de sus ladrillos fue colocado por la mano de un colono; cada ladrillo por un hombre español dispuesto a ganarle la batalla a un destino precario. Mirad estos herrajes forjados por las nuestras artesanías militares; mirad~~ mampostería; cada uno de sus ladrillos está cocido por la mano de un cantero español dispuesto a ganarle la batalla a un destino precario. Mirad estos herrajes forjados por nuestras artesanías militares; mirad estos marcos de [illegible]

todavía olorosos a selva virgen. Comparadlos con la tapicería, las vajillas y las madrinas de aquel palacio sombrío, ~~ardado~~ anclavado en sus odios feudales, y decidme cual de las dos imágenes, resulta la imagen mas pura de nuestra amada España.

Don Francisco Hermana, hermana; tened vuestro desvarío.

Antonia Yo nunca podré desterrar de mi memoria aquellos salones que soñaron ser la corte de un Conde y tuvieron que resignarse a darle albergue a nuestra miseria; aquellos roperos que se resistían a nuestras manos; aquellos muebles que se negaban a recibir nuestros cuerpos. Cuantas veces osé penetrar en la Sala de los Homenajes, ~~la~~ la luz se retiró de las ojivas, obligándome a caminar a tientas, sin ecos ni resplandores. Tal parecía que el palacio obedecía a la voz distante de un amo rencoroso.

Don Francisco - Es que los palacios no gustan de ser habitados por mendigos.

Antonia - ¿Y que fueron todos los que habitaron en ellos? Mendigos del favor de la corona, mendigos de la Curia Real, mendigos de los mayorazgos, de los usureros, mendigos de la intriga, mendigos del amor.

Don Francisco - Pero esta soledad, hermana, no puede ser tolerable para una dama de condición como vos.

Antonia - ¿No la sufrieron también las primeras mujeres de nuestro pueblo que vinieron a América? ¿Voy a ser yo menos que ellas? Si modelo de lugareñas debe ser la infanzona, ¿es por tener menos coraje o mas menguada virtud?

Don Francisco - No sé que pensar.

Antonia - De soledades habláis como si hubiérais perdido el hilo de nuestra propia historia. Cierto que habitar en estas islas es como regresar a un paraíso, perdida ya la inocencia. Pero ver la llama del amor en los ojos de un hombre y verlo alejarse de vuestro lado, cobarde y contrito, temiendo deslucir su casa con una boda pobre; sentir en el cuello el anhelo del doncel y no poder moveros para que no os descubra la indigencia de las joyas, es la peor soledad que puede conocer una mujer de condición. No, hermano, no; la frente alta aunque sea de cara a los aguazales.

Don Francisco - Por lo menos esta soledad nos librará de la enemistad de nuestro hermano mayor.

Antonia - Siempre estuvo encelado con vuestra varonil presencia y mi tranquilo desprecio. Cuantas veces nos obligó a comparecer ante él, a burlarse de nuestros paseos, retrocedió desconcertado por nuestra salud, por nuestra juventud.

Don Francisco - El día que le nació su primer hijo, me mostró al infante escrutando en el fondo de mis ojos el despecho del substituido. Cuando me vió tomar a su hijo entre mis brazos y arrodillarme con él ante la Virgen de la recámara, quedó entontecido de rubor.

Antonia - Cada cual tiene su tragedia ~~[illegible]~~ oculta entre los hilos de su escapulario.

Don Francisco - Una vez le solicité un criado que me ayudara a vestir y me asignó un mozo de cuadra.

Antonia - Pues compadecedme a mí que desde que murió mi nodriza, tuve una dueña sorda.

Don Francisco - Demasiada injusticia agrupada en el fondo de nuestro señorío.

Antonia - De ~~[illegible]~~ nuestras amarguras hemos de valernos para mandar en estas tierras, no como los señores de allende el mar, que todo lo ~~[illegible]~~ encomiendan al ~~[illegible]~~ [illegible], sinó como cristianos, que son los verdaderos señores. Aquí hay un reto para nuestra ~~[illegible]~~ voluntad y nuestra virtud. Aceptémoslo con júbilo en el corazón. (*Lo abraza*)

Don Francisco - Después de haberos oído me siento más tranquilo.

Entran Concha Restrepo, Juana Durán, Pilar, Santiago y Menilde Parrata, las últimas tres, mozas un tanto cerreras, pero de trenzas bien afiloradas con flores y camándulas.

Concha - Aquí estamos a honrar vuestro recado, señor amo.

Juana - Dios bendiga a la niña ama y a mi señor amo, don Francisco.

Antonia - Adelante, mozas, hay mucho que limpiar.

Pilar - Pronto quedará todo como para visita pastoral.

Antonia - ¿Sois criollas?

Concha - Menos yo, señora, que me embarqué con basquiña, aunque la perdí en el camino de Salamanca a Cádiz. Esta es hija del extremeño Leonardo Durán, nacida en el partido, pero de madre española. Las otras dos creen mezcladas tanto de padres como de madres, pero son nacidas en la hacienda y tienen sangre española por algún ijar.

Antonia ¿Vos sois la más pequeña?

Menilde - No lo sé, niña ama. Yo nací en el año de las tres

tormentas, pero del número que hace no guardo cuenta.

Antonia — ¿Y cómo habéis permitido que esta casa llegara a tal estado de abandono?

Juana — Culpa nuestra no fué, niña ama, ya que en casa con fantasma hay que tener fuerte el gusto.

Antonia — ¿Fantasma?

Pilar — Dicen que don Damianito Javier, vuestro difunto tío, viene todos los días y se sienta en la vaqueta, a repasar sus memorias de esta tierra.

Antonia — ¿Y a nadie se le ocurrió colgar un crucifijo del espaldar?

Concha — No hubo dicho para ello, niña ama. Yo entré varias veces, vi la ropa blanca y nunca lo vide.

Menilde — Es que la Pilar es un poco pavorosa. De niña tuvo unas lombrices muy largas y se acostumbró al castañueleo de los dientes.

Juana — ¿Qué luces prefieren los señores? Las hay de cera, de aceite y de petróleo. Por las noches se encienden hachones de tabonuco en los alrededores.

Antonia — Luces de aceite en las alcobas y petróleo en el comedor. Usad las velas para esta sala.

Pilar — Yo me encargaré de apalear las colchas que a ello aprendí de mozuela.

Antonia — ¿Hay ropa blanca?

Concha — Hay cuatro arcones, señora. Sábanas aprensadas hay muchas y olorosas, batidas por nuestras manos con agua de la sierra.

Antonia — Bien, todas arriba, a las alcobas.

~~Menilde~~ Juana — Yo me encargaré de las cantarillas y las mariposas de aceite. (Salen)

Mayúsculas espaciadas

ESCENA TERCERA

Mayúsculas corrid

DON FRANCISCO, el cabo MATOS, el filipino Manuel Aguilera, el mallorquín MATIAS ALCOVER, el andaluz Pico Machado y el catalán Somito COMAS

Cabo - ¿Da el señor su licencia?

Don Francisco - Entrad

Cabo - Perdonad, señor, si se os interrumpe en vuestra melancolía. Mas la luz del atardecer nos abandonaría pronto. Estos son los criados de vuestra casa. (Los criados se inclinan)

Don Francisco - Quiero saber sus nombres, por si acaso se me ocurre llamar durante la noche.

Cabo - Éste, señor, es vuestro criado Manuel Aguilera, natural de las Islas Filipinas, recomendado por don fue de Santiago a vuestro señor tío, algo diestro en la costura de señores y cuentos gruesos.

Aguilera, Señor amo, don Francisco.

Don Francisco - Ya me acordaré de él.

Cabo - Este servidor vuestro es Matías Alcover, natural de Mallorca, hortelano, con una buena provisión de embutidos de su propia fantasía.

Alcover - A las órdenes del señor.

Don Francisco - No se me olvidará esa berruga.

Cabo - Este sirviente de vuestra casa se llama Pico Machado, natural de Andalucía; rasura la barba con bastante tino, entiende algo de armas y de herrar caballerías. Cuando no tiene trabajo en las cuadras, atiende al jardín.

Don Francisco - Que se ponga a la vista por las mañanas.

Pico - Pendiente estaré de vuestra celosía, señor amo Francisco.

Cabo - Este último, señor amo, es Somito Comas, sin cédula de policía. Todavía no sabemos donde nació. Por sus coplas parece del Alto Aragón, pero tiene mañas para el alierno que más resultan de la provincia de las raíces muertas.

Don Francisco - ¿Lo han requerido alguna vez las autoridades?

Cabo - No, señor amo.

Somito - Fué que perdí la carta de enganche que me dió el capitán del puerto de Barcelona para una corbeta de guerra.

Don Francisco - Alzad bien los ojos y miradme de frente.
¿Sóis español?
Gomito - De España sabemos todos los que aquí no tenemos
aro en la oreja, señor amo.
Don Francisco - Habrá que consultar su caso más adelante.
Mien. disimuladlo todo. (Sale)
Cabo - Primero, el sillón del amo. Atended vosotros a la
escobilla y a la franela. Gomito preparará los pisos
y el Peregrino se encargará de las telarañas.
Gomito - Dicen que por las telarañas se asoman los ojos
de los muertos.
Pico - (persignándose) Yo abriré la capilla de la Virgen
por si acaso.
Matías - Buenos ojos tiene el amo, finos y brillantes, como
los ojos de los marineros del Cantábrico.
Aguilera - Buen talle y ancho pecho. Me atrevería a
tocarle un paletó azul con guarniciones de velludillo ~~encajes de plata~~, digno
de un Príncipe de la Casa Real. Pero ya se sabe
como son los señores cuando vienen a la América.
Al principio, mucho entalle y cintas en la rodillera.
Después, el levitón de alpaca y el entrepiernas de
granadero. No hay forma de lucirse con ellos.
Gomito - Hasta los buhoneros se han alejado de los
farallones de cuatro caminos.
Aguilera - Ya volverán a gorgearle a la cintura de la
niña Antonia Bonifacia.
Pico - Es pálida y ardida como una estrellita de plata.
Se le presenta a los galanteadores de la
Nueva tierra
ínsula.
Matías - Presiento que pronto tendremos comelonas rociadas
con generosos vinos.
Pico - Habrá que empezar a amansarle a la niña,
una potrica de paso fino.
Aguilera - ¿Con quién casará la niña Antonia Bonifacia?
Pico - Algún rico que desposará sus linos con los
linos de la cunita del amo.
Cabo - Menos plática y más muñeca. Ayudadme a cuadrar
estos muebles.

mayúsculas espaciadas

ESCENA CUARTA

mayúsculas cursiva

DICHOS, Y EL PREBÍSTERO DON JOSÉ HERMENEGILDO DE LA PAZ, DON FÉLIX QUIROGA, DOÑA VIRGINIA AMPARO QUIROGA, MONSIEUR ERNESTO MALLET, MADEMOISELLE ANTONIETA MALLET, DON VICENTE TORRES VIÑALS, QUIENES ENTRAN JUNTOS; MÁS TARDE DON FRANCISCO Y DOÑA ANTONIA BONIFACIA. DURANTE TODA LA ESCENA ALGUNOS DE LOS CRIADOS Y MOZAS HAN TRAÍDO CANDELABROS, VELONES Y GUARDABRISAS. COMO SI SE TRATARA DE UN CONJURO, ~~LA ESCENA YA LA CASONA RELUCE CON EL ESPLENDOR DE UNA PEQUEÑA CORTE MONTAÑONA~~ LAS TELARAÑAS DESAPARECEN, COMO POR ARTE DE MAGIA Y LA CASA RELUCE CON EL ESPLENDOR DE UNA PEQUEÑA CORTE MONTAÑONA.

Don José - Ya era tiempo que esta casa encendiera sus luces al caminante.

Cabo - Bienvenidos sean su santa reverencia y los nobles señores que los acompañan.

Don José - Hasta la novena llegaron las nuevas.

Cabo - Los señores todavía trajinan entre sus baúles.

Virginia - No quisiéramos importunar...

Don José - La solicitud de un vecino nunca huelga en tierras americanas.

Cabo - Voy por los señores. (sale)

~~Don Félix~~ M. Ernesto - Nueva casa tendrá don Francisco Javier.

~~Don Félix~~

Don José - Sí, es una casa fuerte, tormentera. Ya sabéis la copla de la cual tomó alegoría

Antonieta (declamando)

Cuatro caminos de sierra,
cuatro vientos de la mar;
cuatro sillares de piedra,
cuatro puertas al azar.

Don Vicente - Sí que es hermosa la heredad de los Andrades.

Don Félix - Aquí los vientos descuernan los cabros en los apriscos. ~~[illegible]~~. Pero las mañanas son tibias y la misma noche agradable, con su neblina moteada por flores de azahar.

Virginia - ¿ ~~[illegible]~~ gustará don Francisco de su heredad?

Don José - No olvidéis, hija mía, que ésta es una provincia española, y que parte del prestigio de España está empeñado en estas tierras. Eso, para un español, es siempre sagrado.

M. Ernesto - Los curiosos también se han juramentado.

Don José - Los curas también son buenos hijos de Dios, aunque se les tenga por ateos. Lástima que no nacieran en España.

Don Félix - Si vos así lo deseáis, padre, podemos asilarlos en la cartuja de Valencia.

Don José - Dejadlos aquí, don Félix, que hacen más falta. Tienen manos bendecidas por San Isidro y paciencia de cabreros. Entre sementeras y vellones gustaba de predicar Nuestro Señor.

Don Francisco (entra, dándole el brazo a su hermana) Buenas noches, señores; ~~[illegible]~~ señoras mías.

Don José (adelantándose a saludar) Perdonad, hijos míos, si hemos venido a importunaros; mas ha sido con la intención de ayudaros en vuestra instalación. Hace mucho tiempo que esta casa ha permanecido cerrada y pensamos que tal vez podríamos seros útiles.

Don Francisco - Sed bienvenidos todos. Ya estoy enterado de los favores y los sabios consejos que les deben mi familia y mi casa a don José Hermenegildo de la Paz, y la buena amistad y mejor disposición ~~que~~ con que siempre nos han honrado los señores vecinos.

Don José - Agradecemos tanto vuestra cortesanía como la sencillez del trato. Por estas tierras caen pronto en el olvido las costumbres cortesanas, y siempre suele ser este momento un poco difícil.

Don Francisco En cuanto a mi hermana y a mí se refiere, somos poco cortesanos, y gustamos de reciprocar llanamente el afecto con que se nos trata.

Don Félix - Nobles palabras dignas de un noble señor.

Don José - Don Félix Quiroga, dueño de la hacienda "Estebanía" y su sobrina doña Virginia Amparo Quiroga; ~~don Ernesto~~ monsieur Ernesto Mallet, domiciliario de su S.M. el Rey en la concesión de "Pizarras Altas" y su hermana mademoiselle Antonieta Mallet; don Vicente Torres Viñals, dueño de la hacienda "Castañer".

Don Francisco - Mi hermana, Antonia Bonifacia de Andrade.

Antonia - Sentaos, señores; señoritas. (Dos grupos, uno de damiselas con guardabrisas rosadas; otro de ~~[illegible]~~ señores con velones transparentes)

Don José - ¿Qué tal os ha parecido la provincia?

Don Francisco - Un poco abigarrada y difícil de entender cuando se la observa por primera vez. La ciudad-capital

se parece a Cádiz, una Cádiz menos alegre, más somnolienta, pero gaditana. Mas según se sale de ella, los paisajes cambian menos que las personas. Al pasar por los poblados y aldehuelas he visto casas alicantinas, almacenes catalanes, cigarrales andaluces, tejados vascos, arcadas mallorquinas. Por los platos que ofrecen las fondas es difícil adivinar cuál es la provincia española que ha impuesto su genealidad en esta tierra.

Don Félix - Sí, esta es una España un poco vuelta al revés.

Don José - Felizmente para todos, en la constitución humana del pueblo puertorriqueño, todas las provincias españolas se han unido en una aventura inaudita. En las montañas, viven juntos los unos a los otros, astures, valencianos y extremeños. Las ciudades de la costa son playas catalanas, pero si tienen puerto de río, son aldeas gallegas. También hay muchos ~~[illegible]~~ extranjeros europeos y algunos criollos venezolanos, ~~[illegible]~~ fieles a la Corona española, ~~[illegible]~~ comprometidos durante las guerras de Independencia.

Antonia - ¿No hay indios en Puerto Rico?

Don Vicente - Pocos; ~~[illegible]~~ apenas se les reconoce ya como grupo. Los que quedan vienen muy mezclados con las guarniciones blancas de la vieja plaza.

Don Francisco - Debe ser difícil gobernar en estas tierras.

M. Ernesto - No lo creáis. Yo no podría explicar si se trata de un fenómeno isleño, o de la convivencia humana, o tal vez, un poco de cansancio ante el azar napoleónico; pero todos los que hemos llegado a Puerto Rico en estos últimos años, somos mucho más felices de lo que esperábamos serlo.

Antonia - ¿Es un elogio a la Corona española?

M. Ernesto - Yo diría mejor, un elogio al pueblo español.

Don Francisco - (bajando la cabeza) Entiendo.

Antonia - Y vos, padre, ¿no esperáis levantamientos contra el régimen de Fernando VII?

~~Don José - Algo debemos esperar. El desasosiego contra el absolutismo monárquico, mejor que contra España, empieza a circundar la antilla. Pero es Por eso, los no revolucionarios aquí, son los resultan ser los mejores españoles, de momento, lo que debe más que sus hijos.~~

~~Antonia -~~

Don José - Algo debemos esperar. El desasosiego en esta isla, mejor que contra España, es contra el absolutismo monárquico. Por eso, aquí los revolucionarios resultan ser los propios españoles, más que sus hijos. De momento, lo que debe preocuparnos son los levantamientos de esclavos.

Don Félix - Las noticias que llegan del litoral son alarmantes. Parece que ha habido nuevos desembarcos ~~sub~~ subrepticios de agitadores de las antillas menores dirigidos por los enemigos de España.

Don José - La esclavitud negra de Puerto Rico es una cuestión entre ellos y los súbditos católicos de la Corona española.

Don Vicente - De momento, no podríamos prescindir del brazo negro.

Don José - Yo no hablo de prescindir de él, sino de emanciparlo.

Don Francisco - ¿Permanecerían en las haciendas después de ~~ser~~ emancipados?

M. Ernesto - Todos gustan más del litoral que ~~del interior~~ de la cordillera. Parece que el mar le trae voces que les llegan desde las islas cercanas.

Antonia - ¿No podrían ser reemplazados por campesinos españoles?

Don Vicente - Los ~~[illegible]~~ emigrantes de hoy prefieren a Cuba, ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ algunos la Tierra Firme. Allí están sus vecinos, sus primos americanos, la leyenda del oro. Aquí sólo podemos brindarle buen cielo, costa limpia, tierra virgen. Mejor que campesinos debemos esperar gente de comercio, comunidades religiosas. Tendremos que resignarnos a ser una civilización modesta.

Antonia - Es bastante para la paz del alma.

M. Ernesto - Y para los cuidados del amor. (Antonia Bonilla de Andrade levanta sus ojos y se encuentra con una mirada que no se esquiva ante la modestia de una dote ni el deterioro de los encajes. M. Ernesto parece un Chateaubriand a caza de las primeras imágenes románticas. Virginia y Amparo Quiroga ha sorprendido ambas miradas y Virginia está un tanto intrigadilla.)

Virginia - Como véis, señorita de Andrade, tenemos hombres galantes en estos contornos.

Don Félix - M. Ernesto, además de agricultor, toca el violín y escribe bellos acrósticos.

Antonieta - Pero se los oculta a su hermana.

M. Ernesto - Por favor, querida Antonieta, no hay que intrigar más de lo debido, a la señorita de Andrade.

Don Félix - ¿No gusta la señorita Antonia Bonifacia de la poesía?
Antonia - He tenido tanto que rezar que apenas he podido gustar
de la poesía. Mas si fuera necesario, estoy dispuesta a reformar
mis hábitos de lectura.
Virginia - ¿No escribe versos don Francisco?
Don Francisco - No, señorita Quiroga. Todo cuanto intenté me salió
tan pulido y frío, que preferí confiarle mis cuitas a la prosa.
M. Ernesto - Escribir madrigales es uno de los inocentes
pasatiempos a que nos dedicamos en las noches de lluvia.
Don Félix - Yo he descubierto que la poesía trágica es la
musa de la agricultura.
Don Vicente - Sin embargo, la tierra es asunto que se presta mejor a la
poesía lírica de los poetas latinos.
Antoñeta - Para mí, América es una tierra de maravillas,
exótica, subyugadora.
Don Francisco - ¿Suelen los colonos españoles olvidarse pronto
de España?
Don Félix - España es un nombre que duele más en la
conciencia que en la añoranza.
Don Vicente - Yo recuerdo a mi padre, el español, pronunciando
entre las eras con el nombre de España siempre en los
labios. Mas de una vez, ya ancianito, lo vi encorvarse
trabajosamente sobre la tierra, no sé si a sembrar o a [illegible].
enterrar aquel nombre en la tierra. Pero nunca quiso volver.
Don José - Para los nacidos en España, la patria es la
tierra de los padres, mientras que para los nacidos aquí,
la patria es la tierra de los hijos. Ese es el fenómeno
que produce la colonización de un nuevo mundo, atrayendo
más al porvenir que al pasado.
como si quisiera sembrar,
trabajosamente sobre la tierra. Por las noches solía
de nuevo aquel nombre en la tierra. formulándose
caminar de un extremo a otro de la casa. ¿Por qué no se rebelaron
incansablemente esta pregunta: antes de que se rebelaran
los españoles de Tierra Firme
sus hijos?
Don Félix - Yo también he pensado muchas veces me ha
preguntado muchas veces, ¿por qué no logró América
reformar la sociedad española? influir en el destino español?

Don Vicente - Yo recuerdo a mi padre, el español, paseándose entre sus eras con el nombre de España siempre entre los labios. Sin embargo, nunca quiso regresar a la península. Ya ancianito, más de una vez lo vi encorvarse trabajosamente sobre sus tierras, como si quisiera dejar sembrado aquel nombre en la tierra.

Don Felix - Yo también me he preguntado muchas veces ¿por qué no se rebelaron los españoles de Tierra Firme antes de que se rebelaran sus hijos?

Don José - Porque, para los nacidos en España, la patria seguía siendo la tierra de ~~sus~~ los padres, mientras que para los nacidos en América, la patria empezaba a ser la tierra de los hijos. Ese es el fenómeno que produce la colonización de una tierra nueva, abierta más al porvenir que cerrada al pasado.

Antonia - ¿No amaban los hijos americanos de los españoles a nuestro Rey?

Don José - Para ellos, nuestro Rey era sólo una efigie grabada en una moneda.

Don Francisco - ¿Cree usted, padre Don José Hermenegildo, que el cambio de soberanía sea tan profundo como para trastornar las lealtades humanas?

Don José - Me temo que sí; algo queda profundamente alterado cuando desaparecen los símbolos emotivos que unen a un pueblo ~~con~~ a otro.

Don Felix - Yo todavía confío en la lealtad que le guarda la tierra a la mano que la cultiva.

Don José - A la mano del hombre la guían los pensamientos que alberga la cabeza. Antes sembrábamos pensando en la grandeza del imperio español. Ahora tendremos que sembrar, pensando en el riesgo que pueda correr en estas tierras, el espíritu español.

Don Francisco - (meditabundo) Supongo que debe ser así.

Don José - El porvenir español en América dependerá de la comprensión ~~religiosa~~ espiritual que tengamos de nuestra propia obra. Los que creyeron que bastaba el dominio de los bienes materiales para resucitar una sociedad monárquica en una selva virgen, han tenido que retirarse vencidos. Ahora sabemos que para mandar en el Nuevo Mundo, hay que aspirar más al dominio sobre las almas que al dominio sobre sus riquezas. Perdonad si en el concepto, se me ha enredado un poco la sotana.

Antonieta - En Francia se os adoraría por esas palabras.

M. Ernesto - Sólo que allá no se hablaría de almas, sino de cuerpos humanos, hombres de carne y hueso.

Don José (sonriendo) Esa es la diferencia que existe entre la teología y la política.

Virginia (a Antonia Bonifacia) ¿Hay algo que podamos hacer por vosotros esta noche?

Antonia - Para sorpresa nuestra hemos encontrado el ajuar casi completo y las habitaciones bastante limpias.

Virginia - Pues volveremos mañana, después de la siesta, a ofreceros otra vez nuestra mejor voluntad y algunas indicaciones para las compras.

Don Francisco - No sé cómo agradeceros vuestra solicitud. Espero que todos veáis en mi hermana y en mí dos antiguos amigos que regresan a la casa de sus mayores. Podéis estar seguros de nuestra amistad y nuestra gratitud (Se van levantando)

Don José - Yo seré el que vendré más amenudo, pero no con tanto desinterés, desgraciadamente. He tenido que convertirme en cabezalero de todos los huérfanos del partido, hijos de aquellos españoles que no lograron fortuna y no se atreven a morir antes que yo les prometa velar por sus hijos.

Don Francisco - Tendréis nuestra ayuda en todo momento, padre.

Don José He constituido una granja taller donde los huerfanitos aprenden las primeras letras y las artes de la agricultura. Algunos hemos podido regresarlos al seno de sus familias en España, pero otros han tenido que {quedarse a / continuar} en el mañana la aventura de sus padres en tierra americana.

Antonia (besándole la mano) Cualquier petición vuestra será para nosotros una orden.

Don José - Dios os bendiga, Antonia Bonifacia. Y a mi joven señor de Andrade, pocas cavilaciones y muchas paz.

Don Francisco - Estoy seguro que mi alma no correría riesgo alguno a vuestro lado.

Antonia. Don Félix, don Vicente. (besamanos)

M. Ernesto (acercándose a ella) Considero el momento de haberos conocido el más venturoso de mi vida. (Se detiene un poco en el besamanos)

Antonia - gracias por vuestro amistoso sentimiento, monsieur.
Don Francisco - Señorita Quiroga, mademoiselle Antonieta, conmovido con vuestras pruebas de amistad (besamanos)
Virginia - Hasta pronto, don Francisco (Salen todos)

mayúsculas espaciadas

ESCENA QUINTA

DON FRANCISCO, DOÑA ANTONIA BONIFACIA QUE REGRESAN; DESPUES TORTOLA RUIZ; AL FINAL VOCES AFUERA DE LA BRUJA MARTINIQUEÑA, del cabo MATOS, de los CRIADOS DE LA CASA; lamentos de esclavos.

mayúsculas cursiva

Don Francisco - ¿Qué tal os han parecido los franceses, hermana?
Antonia - El hombre tiene los ojos harto atrevidos y la ~~[illegible]~~ mujer demasiado pintadas las mejillas. Tal vez sus ideas sean mejores que sus maneras.
Don Francisco - Me temo que el portísimo acróstico de monsieur Mallet vaya dirigido a unos ojos que yo conozco mejor que él.
Antonia - (un poco ruborizada) ¿Vos también lo habéis observado?
Don Francisco - Habría que estar ciego para no haberlo notado. Ernesto me parece un poco impulsivo, pero excelente persona. La próxima vez os prometo fijarme con más detenimiento en el domiciliario de Su Majestad.
Antonia. De todos modos, hay que agradecerles su gentileza. Creíamos haber llegado a un desierto y la noche se nos ha poblado de imágenes pulidas. Perdonadme, señor, que me retire. Tengo que repasar algunas cuentas con mi Dios.
Don Francisco - Hasta mañana, querida Antonia Bonifacia. Don Francisco la besa en la frente, antes de ella salir. (pasea una mirada vaga por la estancia buscando algún clavo donde colgar sus nuevos pensamientos. ~~[illegible]~~ Mira al ~~[illegible]~~ butacón gótico de su tío y se sonríe. Lo acaricia levemente como podría acariciarse el brazo de un fantasma. Decide sentarse en él buscando un calor amigo y distante. Tórtola Ruiz entra sin darse cuenta de la nueva presencia, y al toparse con su nuevo señor, se queda ~~un tanto~~ sorprendida; ~~se corta~~ un tanto cortada.)
Tórtola (trémula) Perdone el señor ~~la imprudencia~~ mi imprudencia.
Don Francisco - (sin mirarla aún) ¿Quién sois?
Tórtola - Tórtola Ruiz, señor, medianera de la Hacienda de los Cuatro Vientos. Pensando en el desayuno de los señores recogí algunas frutas en la huerta ~~[illegible]~~

para depositarlas en la frutera del comedor.

(Don Francisco la mira. Tórtola Ruiz es una esplendorosa belleza campesina digna de una serranilla del Marqués de Santillana. Don Francisco se levanta extasiado y se acerca a ella con una lentitud amorosa, temeroso de verla desaparecer por entre las paredes del aire. Ella le muestra la canasta de frutas totalmente desprevenida)

Tórtola- Tal vez el señor no sepa que las frutas de vuestra hacienda son famosas en el partido.

Don Francisco- Parecen cultivadas por las manos de un ángel.

Tórtola- Pues fueron sembradas por manos servidoras vuestras y muy honradas de servir a su señor.

Don Francisco- ¡Cuanto ha debido agradecer la tierra ~~el~~ los cuidados de vuestras ~~la cuidado de vuestras el ser~~ manos!

Tórtola- ¡Señor, mi señor!

Don Francisco- ¡Tórtola!

Tórtola- ¿Señor?

Don Francisco- ¿Nacisteis en esta hacienda?

Tórtola- Un poco mas arriba, señor, cerca de la silla de guitarte. En el atardecer me sentaba en el escaloncillo a mirar la Hacienda de los Cuatro Vientos, con la esperanza de visitarla algun día. Al morir mi padre, decidimos mi madre y yo, buscar alguna aldehuela donde vivieran mas espíritus que cimarrones. La buena suerte nos guió hasta la puerta de don Damianito Javier, vuestro tío, quien nos dió tierras y semillas. Cuando llegué a la hacienda era una lagartija de once años, tiznada por el sol y con mañas de salvitanza. Pero decía la gente que tenía mucha imaginería y me dieron algunas letras y unas cuantas coplas. Después empezaron los melindres y los baños de tina. Desde entonces he vivido en la Hacienda de los Cuatro Vientos. Como me vieron crecer sin padre, los hombres me traen cintas y collares de los mercados ~~del sábado~~ y las viejas me alisan los cabellos.

Don Francisco- ¿Nadie os ha ofrecido todavía casamiento?

Tórtola- Pensábamos todos que algun día don Damianito Javier me escogería marido entre sus agregados. Prisa no hubo por parte de nadie. En eso llegó la muerte del señor y las cosas se quedaron hasta que maduraran las mieses.

Don Francisco- ¿Tenéis vos alguna preferencia?

Tórtola- No, señor. La mujer honesta sabe esperar.

con los ojos fijos en el suelo. Algún día, supongo yo, vendría un aviso del cielo. Así me lo tiene dicho mi madre.

Don Francisco - ¿Habéis imaginado el hombre con el cual os gustaría casar? (volviéndose de espaldas)

Tórtola (mirando a unas espaldas, con ingenua malicia) En lo de imaginar hay mucha tela. Si fuera cosa de cuento, me gustaría un mocetón de espaldas anchas, cintura de [illegible] y pecas rubias; un hombre que al andar temblara la casa con él y tuviera la mano dura pero la voz suave.

Don Francisco - ¿La mano dura?

Tórtola - Dicen que los hombres que tienen callos en las manos no los tienen en el corazón.

Don Francisco - (irresoluto, como siempre) Hay algunos que no los tienen en las manos ni en el corazón.

Tórtola - Tiene que ser así cuando el señor lo dice.

~~Don Francisco - Puede ser que alguna vez se os cruce un hombre de poco ánimo [apocado] y que oculte su infelicidad tras la dureza.~~
~~un hombre apocado que trata de ocultar su infelicidad tras la dureza.~~
~~Tórtola - ¿En qué se conoce cuando cuando un hombre es apocado~~

Don Francisco - Puede ser que alguna vez se os cruce en el camino un hombre apocado que trata de ocultar su infelicidad tras la dureza.

Tórtola - ¿En qué se conoce al hombre apocado?

Don Francisco - (otra vez de frente) Sus ojos apenas se atreven mirar lo que desean. Las palabras se mueren en los labios temiendo ofender. Se retuercen las manos, como se retuercen los leños en las chimeneas, ~~sin~~ temiendo que la llama del amor se la torne cenizas entre las manos. ¿No habéis conocido a un hombre así?

Tórtola - Perros de señores he visto pocos; pero/ ~~[illegible]~~ lucen [illegible] comiéndose a pedazos los montes, he visto muchos. ~~iluminando~~ Las neblinas de ¿Por qué no prueba mi señor esta granada?

Don Francisco - Traedla, pero abierta, por vuestra propia mano.

Tórtola - (abriéndola con una alegre furia) Tenedla, señor.

Don Francisco - Es curioso lo mucho que se parece una granada a una boca de mujer.

Tórtola – Es la tierra que quiere darle un beso a su nuevo dueño y ha escogido la boca más bonita de la casa.

Don Francisco – Yo conozco, otra boca más bonita aún, pero no tan bien dispuesta. (Tórtola Ruiz ha enmudecido de arrobo espanto y don Francisco sonríe ante el tierno rubor de la doncella. Con un gesto de patriarcal cortesanía se acerca a la moza y la besa en la frente. Como si estuviera esperando aquel beso, para desatar el ventaval de las pasiones más oscuras, se oye afuera, agorera, enloquecida, fatídica la voz de la bruja martiniqueña)

Voz de la bruja – ¡Francisco de Andrade, ~~[illegible]~~ negrero de la sierra, tu casa está maldita para siempre! cuatro vientos de odio, de soberbia, de ~~[illegible]~~ avaricia y de lujuria azotarán tus puertas, noche tras noche, hasta derrumbar tus paredes, para flagelar tus carnes de malhechor. ¡Francisco de Andrade, te has entintado las manos con sangre de tus esclavos! ¡Francisco de Andrade!, ¡maldito seas!

Cabo – (fuera) ¡agarradla, agarradla!; traedla aquí aunque sea arrastrada por los cabellos.

Bruja (más distante) Esclavos de la Hacienda de los cuatro Vientos, las casas donde trabajan esclavos están malditas. ¡Maldito ~~será todo~~ estará todo esclavo que trabaje ~~[illegible]~~ en sus tierras! ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! (Un lamento horroroso sale de las barracas de los esclavos. Voces de terror, de ~~[illegible]~~ se entremezclan ~~[illegible]~~ con sordos [illegible] de rabia, de impotencia, golpes de cadenas).

Pico (fuera) Parece que se la ha tragado la tierra.

Matías (fuera) Buena recepción le tenía preparada esta perra a nuestros nobles señores.

Cabo (fuera) ¡Soltad los mastines para que den con ella!

Gomito (fuera

Aguilera (fuera) ¡Suss! ¡Suss! Por aquí, va ella!

(Hay carreras de hombres en la sombra)

Cabo – (fuera, más distante) ¡Silencio, perros, silencio!

(Se oye el silbido de un látigo restallando sobre unas carnes gimientes que profieren amenazas incoherentes. Don Francisco Javier de Andrade está en medio de la escena con los cabellos erizados y la boca convulsa. Tórtola Ruiz llora abrazada a sus rodillas como una corza aislada. El telón debe bajar entre una tiniebla de lamentos e imprecaciones.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Puerto Rico 1850. Sala del primer acto. A la solariega de la escena del primer acto ha sucedido un ambiente más aristocrático, diríase más criollo. Propia noche, pocas luces, misterio helado de una noche de tormenta.

Ramoncito
Empiece en pensar esto
con dos
con uno
en el
[illegible]

ESCENA PRIMERA

EL JOVEN FRANCISCO DE ANDRADE Y RUIZ, GOMITO COMAS; MÁS TARDE, EL ESCLAVO JACINTO.

El joven Francisco de Andrade y Gomito ~~Ruiz~~ Comas, vestidos como para un largo viaje, hablan en voz baja, con la angustia reflejada en el rostro.

Francisco h.- La noche se ha tragado a los caminantes. Hasta los arrieros han metido sus capotes en las alforjas.

Gomito.- Menos hay que temerle a una tormenta que a la espuela de un galán.

Francisco h.- ¡Bah! Cuando los caballos se saben bien sofrenados, echan alas en los barrancos. Habrá que salir antes que regresen mis padres. ¿Quién atiende a las cabalgaduras?

Gomito.- Pico Machado, niño Francisco.

Francisco h.- ¿Puedo fiarme de él?

Gomito.- Sí, niño. Tiene el pico largo para la broma y el donaire, pero la lengua corta, cuando se trata del servicio del señorito.

Francisco h.- ¿Sabéis lo que me propongo?

Gomito.- La media palabra del letrado la completa la malicia del rústico. Sabemos que el señorito piensa alzarse con otros jóvenes tan virtuosos como él. Causa buena debe ser la que obliga a los señoritos a abandonar una alacena colmada y un lecho con rodapié.

Francisco h.- Causa buena es, os lo aseguro.

Gomito.- Pues que siga la soga detrás de mi recaudo. En cuanto a Pico Machado, lleva pez detrás de la oreja, como los alambiqueros de Santa Ana.

Francisco h.- Esperadme ambos cerca del portalón de la huerta al primer parpadeo de la bonanza.

Gomito.- Al guiño de vuestro ojo, quedamos. (Sale sigilosamente.)

Don Francisco hijo se acerca al sillón gótico de su tío, heredado por su padre, acariciándole el espaldar y los brazos, como si estuviera despidiéndose de un destino señorial y tranquilo. Por entre las llamas temblorosas

de los quinqués se cuela una sombra extraña. Es el esclavo Jacinto, cuerpo hercúleo, pelo blanco, manso hablar.

Jacinto – ¿A dónde va mi lucero en una noche tan oscura?

Francisco h – ¿Qué haces despierto a estas horas?

Jacinto – Los oídos de los esclavos saben distinguir, por el ruido de las herraduras, quiénes son los que llegan y quiénes son los que van. Esta noche la que se espanta con las culebrillas ~~de la tormenta~~ de la tormenta es la yegua Perla, fina del niño Francisco.

Francisco h – Tendrás que guardarme el secreto hasta después de la madrugada.

Jacinto – Doscientos azotes en cruz no me harían decir una palabra contra mi niño Jacinto.

Francisco h – Pues si Dios nos ayuda dentro de poco nadie podrá ser azotado en esta tierra.

Jacinto – Niño Francisco, tú eres bueno; tienes el corazón amasado con cera ~~[illegible]~~ y sangre de amapolas, pero a los buenos no los ayudan los que tienen el corazón de brea y los dientes amarillos.

Francisco h – ¿Dónde aprendiste tanto, Jacinto?

Jacinto – Cuando niño vivía en una aldea de Nueva Guinea muy pobre; pero donde quiera que hay niños riendo se acercan los pájaros. Todos los días venía un garzón blanco a dar vueltas y vueltas sobre los ranchos. ~~[illegible]~~ Un día llegaron unos hombres de corazón de brea ~~negro~~ y dientes amarillos. Al atardecer llegó el garzón; uno de ellos alzó su escopeta y lo mató. Cuando sobre una ~~esclavos~~ casa de esclavos revolotea un ala blanca, vienen los hombres malos con sus sables y sus mosquetes. Ten cuidado, niño Francisco.

Francisco h – No te apures, Jacinto. Yo no seré tan cándido como el garzón de ~~tus memorias~~ tu cuento.

~~[illegible]~~

Jacinto – Niño Francisco, no salgas esta noche. Los vientos braman sobre la hacienda de tu padre con un coraje que no hay pecho de mozo que los resista. La lluvia asusta a las bestias y les tira granitos de sal a los ojos.

Francisco h – Ya es tarde para aceptar tu consejo. Hasta hace cinco años mi vida era bastante simple. Creía que el pedazo más perfecto de la creación era la naturaleza. Como un pequeño salvaje gustaba de trepar por los árboles

y dormir entre sus brazos robustos. Aborrecía el despotismo de las abejas y las cantilenas de los esclavos. Pero una tarde tuve una revelación brusca del drama humano. Al pasar por la Ermita de la Providencia, vi en la pileta del bautismo a un anciano de barbas blancas, vestido de levita, que sostenía entre sus brazos a un negrito reciennacido. A su lado había una señorita pálida, de ojos azules y una cabellera rubia que parecía tejida con hilos de oro. Cuando el padre José Hermenegildo acabó de bautizar al niño, vi como aquella adolescente maravillosa tomó al niño en sus brazos y depositó en su frente un beso lleno de ternura. Fascinado por su belleza me acerqué tanto a ella, que pude escuchar de sus labios estas palabras inolvidables – Tú serás libre, libre como deben ser todos los seres humanos, precioso niño. – ~~Comprendí que el ...~~ Para rescatar aquel niño de la esclavitud, el anciano había dejado sobre la mesa de don José Hermenegildo, la última moneda que le quedaba en el bolsillo. Desde entonces, no he podido mirarle la cara a un esclavo, sin sentirme profundamente avergonzado.

Jacinto. ¿Por qué no hablas con tu padre, niño Francisco? La voz de un hijo es como la gota del agua en el tinajero: refresca más el oído que la garganta.

Francisco h. – Tengo miedo de encontrar su conciencia sorda a mi angustia juvenil. Siempre lo vi tan alto y yo tan menguado. Algunas veces que ha acariciado mis cabellos, ~~cubriendo~~ me pareció su mano como un guante de hierro y ~~calzado~~ ~~...~~ la mano de un santo.

Jacinto – Los señores tienen que ser así, niño Francisco. ~~Los señores también están hoy sometidos al ultraje de la monarquía~~

~~Francisco h. – Los señores~~

Francisco h. – Los señores también pueden ser ~~...~~ ultrajadores. El otro día me topé con una pareja de la guardia rural que venía a apresar al anciano de las barbas blancas. No le permitieron siquiera vestir sus ropas de señor. A empellones lo metieron en una tartana y se lo llevaron. Detrás de la mirilla había unos ojos que parecían dos zafiros espantados. Cuando me acerqué a ella ~~temblando~~ estaba temblando como una hoja. Tuve un momento entre mis brazos aquel cuerpo que había nacido para ser tocado sólo por los ángeles. Al volver en sí, me suplicó que la acompañara hasta la comisaría. El sargento, al verme tan alterado, se avino a llevar al anciano ante un juez de Instrucción. Allí tuvimos que subir

cuatro horas de bochorno, viendo como un vejete cínico e
insolentado, trataba de enredar a un hombre venerable en un
crimen político que él no había cometido. Gracias a unos
pequeños fondos que mi padre había situado para mi
bolsillo, pudieron huir del partido aquella misma noche.
los
Jacinto ¿A donde llevastes, niño?
Francisco H. - No pude acompañarlos. Tuve que permanecer
aquí por si venía la guardia en mi busca. Mi plan
era entregarme sin ruido, para no comprometer la
casa de mis padres.
tenga los ojos
Jacinto - Triste cuadro para quien
llenos de amor y la mano llena de caridad.
he pasado en
Francisco H. - Por donde quiera que he visto hombres buenos, espa-
estas últimas semanas, enchiquerados como cerdos, porque no
ñoles sin fortuna, trabajar y ni libretas de sus patronos.
tienen tierra que empiezan a fruncir el ceño.
Hasta los alcaldes mayores el corazón del hombre
Jacinto - La esclavitud la crea el blanco que para el negro.
malo, lo mismo para el blanco tienen más palabrería y la
sólo que los blancos Habla con tu padre, niño Francisco.
ocultan mejor. El mundo de mi padre es distinto al mío.
Francisco H. - Es una leyenda, una
Para los españoles. España es una adoración por la tierra donde
hogaña, una corona; una creía que la patria es
ellos nacieron. Yo también el hombre nace, un paisaje gra-
la tierra en que nuestro ser, que con nosotros
bado en el fondo de ~~con nosotros va muriéndose~~ poco a poco,
crece, y muriendo entre nuestros sentidos. Hoy no sabría
va defender esta geografía de la ilusión. La patria
como los hombres que viven, sufren y esperan a
son los
nuestro lado. las palabras que debe escuchar tu
Jacinto Esas son
hondón
padre, niño Francisco. Todas las he recogido en el
Francisco H. - mi vigilia. Hay algo que rescatar
tembloroso de la verdad misma, si pretendemos
en el fondo de vida vuelva a tener sentido y grandeza.
que la Tiranías viven de los símbolos preca-
Todas las que el hombre arrastra consigo, adornados
rios con bellas palabras, inútiles palabras, cada una
más sangrienta que la otra.
Jacinto - Yo iré contigo, niño Francisco.
Francisco H. No, Jacinto. De nada valdría el
holocausto de nuestra juventud, si alguien
no quedara detrás estrangulando los últimos

rencores, las supersticiones, el miedo que todavía separa
a los negros de los blancos. Dales tú ~~la~~ bondad y ~~la~~ tu
sabiduría a quienes todavía no han comprendido que la
esclavitud no tiene nada que ver con el color de la piel.

Jacinto ¿Quien habrá de acompañarte, niño?

Francisco h. - Me llevo dos hombres de la hacienda. Procura
tú convencer a mi padre que fui yo, quien los obligué
a que me acompañaran.

Jacinto - Todos estarían dispuestos a marchar contigo.
cuando un niño arrastra entre los hombres de una
hacienda, va prendiendo corazones con los alfileres de su
risa. Sólo te suplico que nos dejes saber de ti.

Francisco h. - Estaré más cerca de ustedes de lo que podrías
imaginar ahora. Tal vez algunas noches vendré a besarle
las manos a mis padres.

Jacinto - El negro Jacinto dormirá sólo con un ojo
y tendrá siempre su oreja puesta en el camino.

Francisco h. - No sé, si de ahora en adelante, podré
recibir la bendición de mi padre. Por si acaso su
coraje no se aplaca, bendíceme tú, Jacinto.

(El niño Francisco se arrodilla ante el esclavo. Este
pone sus dos manos sobre los bucles del mozo y le da
su ingenua bendición:

Jacinto - Que todos los santos niños de don José
Hermenegildo galopen a tu lado, separándote
las ramas del camino y limpiando las aguas de
tus ojos; que los cuatro vientos de tu hacienda
te lleven los cariños de los hombres blancos y
de los esclavos de esta casa.

Francisco h. - Ahora partiré más tranquilo. (se levanta)

(Como si fuera cosa de magia la tempestad recoge
sus vientos y sus pedernalillos de azufre, dejando
tras de ella una atmósfera de celajes escarchados
y luceros estáticos, buena para las ánimas del
camino y los sobresaltos)

Jacinto - ¿Qué le diré al amo cuando me pregunte
por su adorado niño?

Francisco h. - (después de una vacilación penosa) Dile
que voy en busca de la mariposa de la noche (sale)

(El esclavo Jacinto va hacia la hornacina y
reclina su cabeza sobre los pies de la Virgen. Hay
un nutrido galope de caballos que despierta la
neblina)

Escena Segunda

El esclavo Jacinto; voces afuera del cabo Matos, Matías Alcover, otros peones; después, el cabo Matos; más tarde Don Francisco

TÓRTOLA RUIZ, M. ERNESTO MALLET, ANTONIA BONIFACIA; por último, CONCHA, PILAR BENILDE, JUANA, MATÍAS ALCOVER.

Voz del cabo (fuera) ¿Quién anda por la cuadra?

Voz de Matías (fuera) ¡Ladrones! ¡Ladrones! ¡Se han robado seis caballos de la casa.

Voz del cabo (fuera) - ¡Pico!, ¡Marcelo!, ¡Gorrito!, ¡Aguilera! (llamando) Toca la sirena para que los atajen en el medianil. (fuera)-

Voz de Matías ¡Podemos alcanzarlos antes que se escondan en la sierra.

Otra voz (fuera) Pico Machado y Gorrito no están en la carrera, cabo.

Voz del cabo (fuera) ¡Mal rayo los parta! ¿Cómo se han atrevido a salir sin permiso del señor? ¡Hay que recoger el ganado que espantó la tormenta!

Otra voz (fuera) Yo iré con mi primo Flammarion, que tiene buena ~~[illegible]~~ lazada. (Suena una sirena)

Voz del cabo (fuera) avisa tú al amo, Matías Alcover; yo le tomaré, parecer al niño Francisco. ¡Primo Flammarion!, vaya en otras cuantas colleras

Otra voz (fuera) ¡Primo!

Cabo (entrando; al esclavo Jacinto) ¿Dónde está el niño Francisco?

Jacinto El niño salió en busca de la mariposa de la noche.

Cabo (furioso) ¿Qué quiere decir, negro idiota?

~~Jacinto - Así me lo dijeron sus labios antes de partir. (El cabo quiere detenerlo, pero el esclavo se le escapa y obedeciendo~~

~~Jacinto - Dónde vueltas está como un garzón blanco por las barracas de los esclavos~~

Jacinto - (transido de dolor) Al atardecer dará vueltas, como un garzón blanco, vueltas y más vueltas, sobre las barracas de los esclavos. (El cabo pretende echarle mano, pero el esclavo se le escapa.

Cabo Dios bendito, ¿qué dirá el amo cuando se entere? A lo mejor este negro loco lo ha embrujado (obedeciendo involuntariamente al pánico, el cabo corre hacia el interior de la casa, dando voces ¡niño Francisco! ¡niño Francisco! ¡niño Francisco! (Solo responden los ecos lejanos de la sierra. Las voces del cabo Matías deben correr por los planos imaginarios que haya ideado el señor director.)

Cabo (volviendo a escena) No hay rastro suyo en toda la casa. (Voces confusas y lamentos de esclavos

afuera)

Don Francisco, (entrando con Tórtola Ruiz, M. Ernesto, Antonia Bonifacia) ¿Qué sucede, Cabo Matos? ¿Quién os ha dado permiso para armar esta algarabía?

Cabo - Señor, vuestro noble hijo ha desaparecido. Lleva consigo tres capas de pistolas y seis caballos. Con él, han ~~Machado gorrito camas y~~ desaparecido Paco Machado y gorrito Camas. Sólo los vió partir el esclavo Facundo, pero el dolor parece que lo ha enloquecido. Dice que el señorito le dijo que iba en busca de la mariposa de la ~~noche~~ noche.

Tórtola - ¿Qué significan esas palabras tan extrañas?

Cabo - No lo sé, señora ama.

Tórtola - Dios bendito, ¡protege a mi hijo!

Don Francisco - ¡Mandad voces a todos los caminos de la sierra!

Cabo - Yo lo he hecho, señor. Al principio creímos que se trataba de un robo de caballos. Por eso hemos tocado la sirena, avisando a las haciendas vecinas.

Antonia - ¿Qué razón habrá tenido el mozo para observar una conducta tan extraña?

Don Francisco - No sabré. Preparadme una cuadrilla dispuesta a acampar en cualquier sitio. (Sale el cabo)

M. Ernesto - Tened cuidado, hermano. Los mozos no gustan que se vigilen sus aventuras. A la edad de mi sobrino, todas las locuras tienen el nombre de una mujer.

Antonia - Tiene razón Ernesto, hermano. ¿Qué otra cosa, fuera del amor, puede apartar a un joven de su casa?

Don Francisco (sombrío) A una cita de ~~amor~~ amor no se llevan tantas armas?

Tórtola - Tengo miedo, un miedo animal que no atiende a razones. ~~Anoche al despedirse de mí, me besó dos veces en los ojos, como si presintiera el llanto~~ Anoche, antes de retirarse a dormir, me besó dos veces en los ojos, como si me anunciara el dolor que había de depararme su ~~anun-cia~~ su partida.

Don Francisco - Mi ~~mozo~~ hijo tiene un secreto que no me pertenece. Algunas veces he visto en sus ojos una llamarada que se oculta tras una tristeza pensativa.

Antonia - Cuando se tienen diecinueve años es natural que la cabeza tenga algunas fantasías. A lo mejor ha querido ver el mar y ha bajado al puerto de Guayanilla.

Don Francisco - Por qué no me pidió una escolta mas confiable?
El cabo Matos conoce tanto el litoral como la serranía.
Ernesto - ¿ no ha tenido algun disgusto en la casa?
Don Francisco - Nada que yo haya tolerado. Varias veces he
pretendido acercarme a él, buscando su intimidad. Siempre
me escuchó con afecto, pero con la mirada esquiva. Hay
algo en su vida a lo cual nunca tendré acceso
Tórtola (con un gesto rápido se acerca a la puerta)
¡ Concha ! ¡ Pilar ! ¡ Mendde ! ¡ Juana ! ¡ Concha !
Antonia - ¿ Qué vás a hacer, hermana?
Tórtola - Algunas de estas muchachas son de la costa.
alguien tiene que saber saber que... significan esas
palabras referentes a la mariposa de la noche.
(Concha) (entrando) ¿ Llamaba la señora?
Pilar (entrando) Señora ama.
Mendde (entrando) Diga, niña ama, ¿ he olvidado algo?
Juana (entrando) Si son las luces, ya están prepa-
radas.
Tórtola (mirándolas hasta el fondo) ¿ Quien de ustedes
ha oido hablar de la mariposa de la noche?
Mendde - ¡ Por Dios, niña Tórtola, no hable usted de eso!
Tórtola - contestadme, al punto.
Mendde - (con un ingenuo terror) La mariposa de la
noche es la que le anuncia la muerte a los indios
Moriquen.
de (Tórtola retrocede como fulminada por un rayo.
Don Francisco corre hacia ella y la sostiene)
Don Francisco (la sacude) ¡Tórtola, ¡Tórtola!
Tórtola - Salir alguna y traedme un santo negro
Tórtola - Salid y traedme un santo negro del
arcón (Concha se dirige al interior y a poco
saldrá con el santo.
Antonia - ¿ Habéis observado en el señorito algo que os
llamara la atención
Pilar (recelosa) caviloso, si lo he visto
Mendde (recelosa) El señorito hace tiempo que no
vuelve la cabeza ni para contestar nuestros
piropos. (recelosa)
Juana ¿ gente al anca lleva muchas, pero no son
de esta hacienda.
Don Francisco - ¿ Estáis seguras que eso es todo
lo que sabéis?
Mendde - como saber, saber, si señor; sólo que
otros hablan y servidora oye lo que otras bocas
dicen.
Don Francisco ¿ a quien os referís?
Mendde - Los mozos solo se confían de los mas viejos.

Don Francisco - (se asoma a la ventana con voz de trueno)
consíguidme al viejo Matías Alcover.

Voz del cabo (fuera) al instante, señor amo.*

Don Francisco (descompuesto, por la ira) algo ha estado ocurriendo
en esta hacienda que nadie quiere darme cuenta de ello.
(a las mozas) Retiraos y procurad limpiaros el alma
de mentiras antes que yo vuelva a posar mis ojos sobre
vosotras. (Las mozas se retiran temblando. Entra Matías Alcover.)

Don Francisco - ¿Sabéis donde está el señorito?

Matías (receloso) no, señor amo.

Don Francisco - (impaciente) ¿Sabéis algo que pueda ayudarnos
a encontrarlo?

Matías - no sé si debo hablar en ~~[illegible]~~ presencia de las
señoras

Don Francisco (furioso) ¡acabad de una vez!

Matías - Hace como un mes, una noche, el señorito me dió
una carta para que la llevara a la finca "La Siciliana".
Cuando toqué a la puerta de una casa destartalada,
que existe en ese sitio, salió ~~una amazona~~ un joven
vestido de negro, con la cara oculta en el embozo, cogió
~~tomó~~ la carta y desapareció como un celaje. Tomando recado
de mi malicia, volví al otro día, al mismo sitio y descubrí
que alguien había hecho desaparecer la casa. No encontré ni
las cenizas de sus [illegible].

Ernesto - ¡Qué extraño es todo esto!

Don Francisco - ¿Estáis seguro que volvisteis al mismo sitio?

Matías Sí, señor amo. Era la casa donde el buhonero
mató a su adúltera, hace muchos años. A nadie le place
transitar por allí.

Tórtola - ¿Quién será ese jinete, Dios mío?

Matías - Por el aire, parecía un joven de buena casa,
~~Parecía~~ más bien extranjero que español; pero de su boca
no escuché una sola palabra.

Antonia ¿Por qué si es persona de condición se ocultó
en un sitio tan reprobable?

Matías - He dicho todo lo que en mi boca estaba.

Ruido de caballo y voces afuera

Voz de don Félix (fuera) Pasadle ~~anuncio a don~~ aviso a don Francisco

Voz (fuera) El señor amo está despierto

Voz (fuera) acércate al estribo. alumbra tú al señor

Matías (asombrado) Es don Félix Quiroga que pregunta
por el señor (Vase)

ESCENA TERCERA

DON FRANCISCO, TÓRTOLA RUIZ, M. ERNESTO, ANTONIA MONIFACIA, DON FELIX.

Don Félix (entrando) Traigo noticias urgentes para vos, noble amigo.

Don Francisco - Os agradezco la solicitud, y vuestra estimada presencia.

Don Félix - Acabo de llegar de la Capital y el señor Corregidor me ha informado, que existe un grupo de jóvenes exaltados, que se reúnen en una iglesia, a conspirar contra el despotismo de don Juan de la Pezuela.

Tórtola - ¡Acabad, por piedad!

Don Félix - (bajando la voz) En la lista de sospechosos que tiene el segundo cabo, aparece un Buján, que por la descripción que de él hacen, más parece un Andrade que un Buján.

Don Francisco - (con un furor incontenible) Mi hijo, mi sangre, mi casta, ¡traidor a mi Reina!, ¡traidor a la patria de su padre!

Tórtola (espantada) ¡Señor, mi señor!

Don Francisco - Sabíais vos, algo de esto, señora.

Tórtola - No, mi señor.

Don Francisco - Tal vez podríais sentiros halagada con la noticia.

Antonia - Cuidado, hermano, no salpique vuestro furor el manto de una esposa. (Se acerca a Tórtola y la abraza tiernamente. Don Francisco con la vista nublada y los puños crispados busca apoyo en el sillón gótico de su tío)

Don Félix (despejando la tormenta) No todo está perdido. Los primeros arrestos han sido tan abolondrados, y han conmovido a la guarnición española en tal forma, que el mismo don Juan de la Pezuela, a estas horas no sabe, quiénes son sus amigos y quiénes son sus enemigos. He observado una ~~sospechosa tranquilidad~~ maligna satisfacción ~~Segundo Cabo señor Corregidor~~ en el rostro del señor Corregidor.

Tórtola - Parece que las ~~semillas sepultadas~~ semillas de la sedición carlista ~~ha vuelto a florecer en las provincias~~ han vuelto a florecer.

Don Francisco - Es inútil tratar de repudiar a quien reconozco como la imagen más pura de mi propio ser. Busco, dentro de mí, razones para recriminar a mi hijo y lo único que encuentro

en el fondo de mi conciencia, es el orgullo sombrío de saberlo más generoso, más útil, más libre que yo. ¿Qué se puede hacer para salvarlo?

Don Félix - Lo más seguro sería enviarlo cuanto antes a una isla vecina.

Don Francisco - Si él tiene que marchar, partiremos su ~~madre~~ madre y yo con él. No quiero vivir en una ~~tierra~~ tierra que no puede pisar la planta de mi hijo.

M. Ernesto - La cuestión es averiguar donde queda esa indiera.

Don Félix - Un trajinante del camino Real me ha informado que todavía existen los restos de una aldehuela india, en un macizo de la cordillera que se conoce como el Frontón de la Mariposa.

M. Ernesto - Dentro de tres días sale un carguero francés del puerto.

Don Félix - Debemos estar preparados para cualquier ultraje.

~~Teresa~~ Antonia (con un brote de soberbia) ¿Osará don Juan Pezuela quebrantar el fuero de nuestra familia? ~~Un~~ de la Andrade no puede ser aprehendido sin una orden directa de la Reina. (Reina de España)

Don Félix - No olvidéis, señora, que don Juan es un hombre temerario. Además, un ministro de la Corona sabe cómo abultar un expediente de ~~una sedición hasta un delito de traición~~ un rebelde hasta convertirlo en un delito de traición.

Don Francisco (sombrío) Casi había olvidado mis cuitas entre la Curia Real cuando vuelve la fatalidad a ponerme, otra vez, frente a ella. Si don Juan de la Pezuela intenta ~~deshon~~ deshonrar mi casa, tendrá que cruzar ~~sobre mi cadáver~~ por encima de mi cadáver.

Don Félix - Yo estaré a vuestro lado, don Francisco.

Don Francisco - No puedo consentir que os comprometáis de esa manera, amigo mío. Hay bravuras que sólo se comprenden dentro de un brutal desencanto. He visto crecer a mi hijo soñando para él, el destino digno y apacible a que tiene derecho un hombre libre. Ahora que veo reproducida en él, parte de mi desgracia de segregado, comprenderéis el abismo que se han abierto ante mis pies.

Don Félix - Yo estaré a vuestro lado, don Francisco. Cada una de estas haciendas es una fortaleza más de la nueva España, la España que todos hemos salvado en el fondo de nuestro ~~ser~~ amor, ~~ante~~ frente a la injusticia, el error, el despotismo. El día que muera esta otra España se habrá apagado el último destello de la grandeza española. Voy a organizar a mi gente.

Jacinto.- (lagrimeando) Dando vueltas como un gorrión blanco por las barracas de los esclavos. Pronto vendrán los hombres todos a clavarle en sus pantorrillas sus dientes amarillos.

Calvo.- ¿Qué quieres decir, viejo idiota?

Jacinto.- Niño Francisco acaba de marcharse.

Don Francisco (lo abraza) Buenas noches, dignísimo señor don Félix de Quiroga (Don Félix hace un saludo profundo a las damas, estrecha la mano de M. Ernesto y parte.)

M. Ernesto - Tiene razón ~~don Francisco~~ don Félix. Todos hemos estado viviendo un ensueño religioso. Donde quiera que el espíritu del hombre se descuida, la libertad se le escurre de las manos. Yo defenderé la subida de los cerezos, hermano. Vamos, Antonia, Bonifacia.

ESCENA CUARTA

DON FRANCISCO, TORTOLA RUIZ; MAS TARDE EL CABO MATOS, DESPUES ~~[illegible]~~ AL ~~final~~, MATIAS ALCOVER, MANUEL AGUILERA; DON JOSE HERMENEGILDO DE LA PAZ, EL PREBISTERO; POR ULTIMO, TORTOLA RUIZ OTRA VEZ

Tórtola - Señor, mi señor. (Le besa las manos)

Don Francisco - Siéntate un momento a mi lado. Quiero pedirte perdón por la angustia que hace un momento te infirió mi ~~deseo~~ desprecio de hombre de casta. (Tórtola se sienta a ~~sus~~ los pies de su señor.)

Tórtola - Nada tengo que perdonarle a mi señor.

Don Francisco - Puede ser que ésta sea la última noche que estamos juntos. Hace más de veinte años que hemos vivido el uno para el otro, y nuestros ojos se han acostumbrado tanto a hablar por nosotros, que apenas hemos tenido necesidad de hacer uso de las palabras. Yo fui un niño encelado, y tuve una adolescencia muy triste. ~~para no tener que~~ Me acostumbré al pudor del silencio ~~hablar de mis miserias~~ para no tener que hablar de aquellas ~~mis~~ miserias. Apenas sabía lo que era el amor cuando llegaste a mis brazos. Al verte, por primera vez, me sentí fascinado por la belleza de tu figura, por la gracia de tu alegría. Tú fuiste el primer gran regalo que me hizo la vida. A tu lado he vivido feliz, como si gozara de la protección de todos los espíritus benéficos de tu tierra.

Tórtola (restregándose sobre ~~sus~~ las manos de don Francisco) Obra tuya he sido desde que me miraron tus ojos.

Don Francisco - Sabía que al unirte a mí, te sometía a una dura prueba. Era como sacarte de un mundo luminoso lleno de pájaros, frutas y flores, para encarcelarte en un mundo sombrío lleno de soberbia, de prejuicios, de rencores. ~~He contemplado con admiración como tu belleza núbil y esplendorosa se ha ido~~ ~~[illegible]~~. He hecho todo lo posible porque mi tristeza no te destruyera. Pero he sentido ~~un un profundo~~ un tierno orgullo al contemplar cómo tu belleza núbil y esplendorosa se ha ido, día tras día, transformando en la dama pulida y discreta ~~que~~ que hoy me acompaña. Tus ojos han perdido un poco de su ~~antiguo fulgor~~ juvenil fulgor, pero tu mirada

ahora sabe penetrar hasta en lo más recóndito de la pasión de un hombre. No podría pensar en una mujer a la cual podría amarse más que a ti. Perdóname esta confesión tardía después de tantos años de callada adoración.

Tórtola- Siempre me bastó ~~con~~ el lenguaje de tus ramos, mi señor.

Don Francisco- Una exigencia del mundo sombrío al cual pertenecí antes de conocerte, me obliga a rebelarme otra vez, a sumirme en la pesadumbre, en la impotencia de la cual una vez tú me salvaste. Tal vez tengamos que salir de esta tierra, de tu tierra, para salvar a nuestro hijo.

Tórtola- Cumple con tus obligaciones de tu señorío y de cabeza de familia, sin pensar en mí. Según has mandado siempre en mi alma, en mi carne, hoy mandas en mi voluntad. Y perdóname tú a mí, pero si acaso, soy yo la responsable de tu pena. A lo mejor ha sido mi sangre de criolla la que ha trastornado el corazón de nuestro hijo. Tal vez, pensando en los míos, se ha apartado de los tuyos.

Don Francisco (acariciándole la frente) No albergues un pesar que no te pertenece. Arráncalo de tu conciencia ~~Sólo un espíritu domeñado~~ ~~las lianas de los robles.~~ como se arrancan las lianas de los árboles añosos. Sólo un espíritu domeñado por el ~~por el lustre~~ lustre nobiliario, como el mío, no pudo descubrir a tiempo, lo que se agitaba en el corazón de mi hijo. ~~No, Tórtola; el ansia de libertad es la almohada~~ ~~sobre el cual~~ No, Tórtola. El ansia de libertad es la única almohada sobre la cual debe descansar la cabeza de un hombre de mi raza. Ahora me explico todo lo que antes me dolía de mi hijo, su silencio, su desvío. Tal vez su arrogancia. Mas si hubiera sido tu sangre, y no la mía, la que ha hecho hervir el corazón de mi hijo ¡bendita sea tu sangre que hace a los hombres libres y generosos!

Tórtola- Puede ser que yo me haya apartado de los míos, sin darme cuenta. Pero mi pecado no ha sido de soberbia, sino un pecado de amor.

Don Francisco- Derecho tienes tanto a mi señorío como a mi amor.

Tórtola- Siempre me conformaré con ~~el derecho que me~~ el segundo, única miel que necesitan mis labios sedientos. ¡Llévame contigo!

Don Francisco- Cuando llegue el momento de partir, vendré por ti. Hasta ahora, esto no pasa de ser otra cosa que una aventura de señores, que saben mucho de su honra, pero poco del honor de la gente humilde. (abriendo la ventana) ¡Carlos Alberto!

Tórtola - Voy a preparar vuestras ropas. (Sale)

don Francisco (llamando, desde la ventana) ¡Cabo Matías!

Cabo (Fuera) Mande, señor amo.

don Francisco - Que vengan aquí todos los hombres españoles de la hacienda.

(don Francisco se vuelve de espaldas a desprenderse de los recuerdos de su juventud de señor. Con una natural solemnidad, van entrando, Matías Alcover, Manuel Aguilera, el cabo Matías. Esperan silenciosamente a que su amo se vuelva. Cada uno de ellos tiene una luz en la mano y una hoja de sable a la cintura.

don Francisco - Os he mandado a llamar porque acabo de tomar una decisión religiosa, y no quiero haceros víctimas de ella. Desde este momento tenéis mi permiso para que cada cual obre por su cuenta cuando llegue el momento preciso. No quiero sentirme responsable de ~~empujarlos a una~~ comprometerles en una aventura que se juega con la vida.

Cabo - Somos todo oídos, señor amo.

don Francisco - El capitán general de esta Isla, don Juan de la Pezuela, intentará allanar esta morada, de un momento a otro, buscando pruebas contra mi hijo. Yo no se lo voy a permitir y le haré frente a la guardia o a la tropa que envíe contra esta casa.

Cabo - Y con usted, nosotros, mi amo.

Matías - Aquí no entrará nadie que el señor no le dé su venia.

Aguilera - Algo me había imaginado y he estado toda la noche preparando las armas.

don Francisco - Quiero que entendáis bien el riesgo que esto significa. El acto de resistir por las armas una orden del capitán general de esta Isla se considera un delito de rebelión, un delito de traición contra la Corona española, ¡contra nuestra patria!

Cabo - Yo no tengo más patria que la Hacienda de los Cuatro Vientos.

Matías - La patria es la tierra que el hombre pisa con los pies cuando camina hacia su trabajo.

Aguilera - Hace veinte años que como de vuestro pan, y estoy a buen ~~am~~ abrigo. ¿Qué otra razón necesita un hombre para pelear hasta morir?

Cabo - Podéis contar con los peones, señor; desde que se corrió la voz de la desaparición de vuestro hijo, todos estamos conjurados.

Matías - Las mujeres labrarán la tierra y atenderán al ganado. Adoran a su ama como a la Virgen ~~Aguilera~~ de la Providencia.

Aguilera - Por el señorito Francisco, pelearán hasta los muchachos.
Toda la noche han estado rondando las fincas cercanas en
busca de vuestro hijo

Don Francisco (conmovido) gracias os debo, señores.

Cabo ¡Todos por don Francisco! (Voces que lo repiten afuera)

Matías - ¡Todos por la señora ama! (Voces que lo repiten afuera)

Aguilera ¡Todos por el niño Francisco! (voces que lo repiten afuera)

Don Francisco - Pronto llegarán otros hombres de Pizarras
altas y de la Hacienda Estebanía. Procurad acomodarlos
como mejor podáis

Cabo (con rebullo de guerrillero) se hará como el señor
ordene, que voz de mando tiene.

Don José - (entrando) grande debe ser el señor que ha
sabido sembrar tanta ~~fide~~ fidelidad en el pecho de sus
servidores.

Don Francisco - (receloso) Padre José Hermenegildo, ¿vos por
aquí? (Dos criados se marchan sigilosamente)

Don José (con llaneza) Hijo mío, cuando una voz trae
otra pregunta por alguien que falta de su casa, no
hay forma de substraerse a la cadena de la congoja.

Don Francisco ¿Os referís a mi hijo?

Don José - A vuestro amado hijo me refiero. Admirable
juventud por cierto, llena de virtud, de inocencia,
de coraje. Así han debido ser aquellos jóvenes
cristianos que ofrendaron sus vidas por rescatar el
sepulcro de nuestro Señor. No temáis, hijo mío,
comunicarme vuestras nobles cuitas. Acordaos que
la corona que gobierna mi casa, es una corona
de espinas.

Don Francisco - Perdonad, padre José Hermenegildo,
mi involuntario recelo

Don José - Nada tengo que reprocharos, don Francisco.

Don Francisco Os suplico, entendido de todo.

Don José No sé por qué imagino que debo estar
a vuestro lado esta noche. Siento en mi alma
de viejo el temblor que anuncia una desgracia.

Don Francisco (Se levanta de un salto) ¿Qué ha sido
de mi hijo, padre José Hermenegildo?

Don José - Sólo sé que la conjura ha sido descu-
bierta. He escuchado las patrullas del Regimiento
~~de granada~~ cerca de la ermita. Se han llegado
hasta aquí, saben como seguir adelante hasta el
Frontón de la Mariposa

Don Francisco - ¡Mi hijo está perdido!

(Al punto en la lejanía se oye un ¡ay, bendito!
el pequeño santo y seña de la piedad de mi
tierra. Una mano parece sofocar el grito, pero

16

hay cuarenta botas de vaqueros que corren hacia donde se ha escuchado el grito. Vuelve a repetirse el pequeño grito tres veces, esta vez en forma más histérica — ¡Ay, bendito!, ¡ay, bendito!, ¡ay, bendito! Don Francisco ~~sale como un [illegible]~~ corre como un demente tras las voces agoreras. Ahora son los montes los que han recogido, en sus ecos más (cada vez más ronco más y rotundo) ~~[illegible]~~ los ayes del terror campesino, monótonos y solemnes. Don José Hermenegildo de la Paz se resigna, dulce y parsimonioso. Sale Tórtola Ruiz.

Tórtola (con los ojos alucinados ~~[illegible]~~) Padre, padre José, ¿qué ha pasado?

~~[illegible]~~ Don José — Besa esta cruz, y sal conmigo a recibir el cadáver de tu hijo. (En la garganta de Tórtola Ruiz se han muerto todos los estertores de la agonía. Con un paso trémulo, toma ~~[illegible]~~ el brazo del sacerdote, casi inmovilizada por el espanto, por la sorpresa.)

ESCENA FINAL

DON FRANCISCO, TÓRTOLA RUIZ, el padre JOSÉ HERMENEGILDO, M. ERNESTO, DON VICENTE TORRES VIÑALS, ANTONIA MONIFACIA, DON FÉLIX QUIROGA, el cabo MATOS, PICO MACHADO cubierto de SANGRE Y DE LODO, ~~DON VICENTE TORRES~~, MANUEL MATÍAS ALCOVER, PILAR, JUANA AGUILERA, CONCHA, MENILDE, SARGENTO DEL CUARTO MILITAR.

AL FINAL, UN SARGENTO llegan con Antonia Monefacia, con dos peones que llegan con Matías Alcover y Manuel Aguilera, que traen unas andas de maderas y unas mantas para improvisar un catafalco, en el centro, al fondo. Después traen luces Concha, Menilde, Pilar, Juana. Después llega en una el cadáver de don Francisco de Andrade, en rústica parihuela que conducen don Félix Quiroga, don Vicente Viñals, ~~M. ERNESTO~~ M. Ernesto Mallet y don Francisco de Andrade. Detrás viene Tórtola Ruiz acompañada de don José Hermenegildo, y la viene a llegar, quien la conduce hasta la hornacina de la Virgen. ~~Pico Machado, Matías Alcover, Después llegan Pico Machado, Manuel Aguilera~~. Por último, el cabo Matos, quien viene a anunciar al sargento del cuarto militar.

Antonia (seca y señorial como una sombra escapada del Romancero ~~Provincial cubrir las andas antes que llegue lo más natural~~ ~~manto [illegible]~~) Pronto, a cubrir esas andas, con este manto de terciopelo.

Matías — Sí, señora.

Aguilera — ¿Dónde vamos, señora?

Antonia — Ponedlo al fondo, hasta que otra cosa se disponga. Entran las mozas con ~~luces~~ cirios. Cambiad todos los faroles de fuerza con luces blancas con guardabrisas de color ~~[illegible]~~ antes de que llegue éste

el cadaver del señorito. (Viendo el resplandor de los hachones que se acerca cubrióse la cabeza con vuestros mantos

Concha — Si, señora.

Antonia — Comprendo vuestro pesar, y lo mucho que ~~honraron~~ honran a esta casa vuestras lágrimas, pero no es este el momento para llorar. Procurad reprimiros cuanto podáis, sobre todo en presencia de los señores.

Matilde — Si, señora.

Antonia — Preparad los cuartos de los señores, por si acaso mi hermana prefiere que el cuerpo de su hijo ~~de~~ descanse por última vez, sobre su lecho.

Concha — Enseguida, señora. (Sale hacia el interior)

Antonia — (cubriéndose su propia cabeza) Aquí vienen, ya. (Entran los señores con la comitiva que trae el cadaver del joven; al depositarlo sobre las andas, los señores permanecen, en derredor suyo, inertes y ~~callados~~ severos. Don Francisco se dirige a su sillón extenuado y meditabundo. Ocupa su lugar el presbítero don José Hermenegildo de la Paz, quien ya ha dejado a Tórtola Ruiz arrodillada ante la hornacina)

Cabo Matos — Perdonadme, señor, un sargento del cuerpo militar solicita vuestra venia, para ~~cumplir~~ veros un momento. ~~un encargo solicitar un permiso~~ (Don Francisco hace un gesto vago. Los señores y los criados de la casa hacen un semicírculo para ocultar el cadaver del joven. Se adelantan a recibirlo doña Antonia Bonifacia y el ~~padre José~~ presbítero José Hermenegildo de la Paz. Sale el Cabo Matos y vuelve con el sargento.

Sargento (inclinándose a su paso) Perdonad, señores. ¡Señora!

Antonia — ¿Qué ~~se~~ buscáis en esta casa?

Sargento — Mis hombres han visto salir por el altozano de esta finca a uno de los jóvenes que se han levantado en armas contra nuestra Reina. Por un momento el criado que lo acompañaba, logró desviarnos del rastro. ~~Creemos que ha buscado refugio en esta hacienda~~ ~~Mas se~~ Mas es posible que el otro se haya escondido en esta hacienda. Solicito vuestra ayuda, para que mis hombres puedan entrar y registrar la hacienda de los Andrade.

Antonia — ¿Tenéis papeles que acrediten vuestra misión? ~~el presbítero~~

Sargento — Si, señora. (Los entrega)

Antonia — ¿Francisco Luján? debe haber un error en vuestras órdenes, sargento. El ~~[struck]~~ joven señor que buscáis no se llama Francisco Luján. Su verdadero nombre es don Francisco de Andrade y Ruiz y es uno de los señores de esta casa.

Sargento - Retrocediendo espantado, tropieza con el Cabo Arabe quien lo vuelve a empujar hacia adelante) No salgo de mi asombro, señora.

Antonia ¿Qué pensáis hacer, ahora?

Sargento - Debo insistir, señora, que me entreguéis al rebelde. Tengo órdenes estrictas de aprehenderlo donde quiera que se encuentre.

Antonia ¿Y si me negara?

Sargento - ¿Osaríais resistir una orden de nuestra Reina?

Antonia - (apuntando a los señores que ocultan el cadáver de su sobrino) ante la majestad de la su muerte, señor oficial, de nada (de) sirve ~~la aut~~ la autoridad de la Reina de España.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Puerto Rico 1850 - Sala del primer acto. A la sobriedad de la escena del primer acto ha sucedido un ambiente más femenino, diríase más criollo. ~~Más tarde el Cabo Matías con Pico Machado~~.

Escena Primera

Don Francisco, su esposa Tórtola Ruiz, su cuñado Ernesto Mallet, su hermana Antonia Bonifacia. Más tarde Concha, Pilar, Clemilde.

Tórtola Ruiz está pegada a una ventana como un alma en pena. Don Francisco se pasea sombrío y desprechado. El otro matrimonio está sentado, pero también en espera angustiosa. Es de noche, una noche lívida, cruzada por relámpagos.

Tórtola - La noche se ha llegado a los caminantes. Hasta los arrieros han metido sus coplas en las alforjas.

~~Francisco - La peor tormenta la lleva un mozo amarrado en sus espuelas.~~

Francisco - Menos hay que temerle a una tormenta que a las espuelas de un galán.

Ernesto - Vuestro hijo es un gran jinete. Cuando los ~~cab~~ caballos se saben ~~sofrenados~~ bien sofrenados, echan alas en los barrancos.

Antonia - Qué razón habrá tenido el mozo para una aventura tan extraña.

Francisco - Mi hijo tiene un secreto que no me pertenece. Algunas veces asoma a sus ojos una llama misteriosa que desaparece tras una tristeza pensativa.

~~Ernesto - Esa llama, ¿no tiene nombre de mujer?~~

Ernesto - ¡Bah! Todas las doncellas padecen de un poco de melancolía. A lo mejor va acompañada de un nombre de mujer.

Tórtola - El amor siempre deja alguna huella a su paso, una carta, una flor seca, un abanico. Fuera de sus cartapacios de estudiante, ~~no hay nada en el~~ bargueño de alguna que otra prima, no he encontrado nada. He mandado voces a todos los caminos y ninguna me responde.

Francisco - Mañana saldré yo en su busca.

Tórtola - Tengo ~~un~~ miedo, un miedo animal que no atiende a razones. Al partir me dijo una frase incomprensible - Voy en busca de la mariposa de la noche - ¿Qué quiso decir con estas palabras sin sentido? Después me dió un beso muy largo, un beso que parecía más de despedida que de saludo.

Ernesto - "¡Voy en busca de la mariposa de la noche!" Yo he oído esas palabras antes. ~~Les alcanza~~ (Se queda pensativo)

Antonia - debe ser alguna leyenda que lo ha cautivado.

Tórtola - Yo he vivido en el fondo de la serranía y nunca he oído hablar de la mariposa de la noche.

Antonia - cuando se tienen diecinueve años la cabeza está llena de fantasías. A lo mejor ha querido ver el mar y ha ido al puerto de Guayanilla.

Francisco - ¿Por qué no me pidió una escolta ~~cuidado~~ que lo acompañara? El cabo Matón conoce tanto el litoral como la serranía.

Ernesto - ¿No ha tenido algún disgusto en la casa?

Francisco - Ninguno. Varias veces ~~[illegible]~~ he pretendido acercarme a él, buscando la intimidad de su corazón. Siempre me ha escuchado respetuosamente, pero con la mirada esquiva. Hay algo en el corazón de mi hijo a lo cual nunca tendré acceso. No recuerdo haber pronunciado una palabra delante de él que pueda haber herido sus sentimientos. Sin embargo...

Tórtola - (con un gesto rápido, se acerca a la puerta, llamando: ¡Concha!, ¡Pilar!, ¡Menilde! ~~[illegible]~~ ¡Concha!

Antonia - ¿Qué haces, cuñada?

Tórtola - Algunas de estas muchachas son de la costa. Alguna tiene que saber qué es la mariposa de la noche.

Concha (entrando) ¿Llamaba, ~~[illegible]~~ niña Tórtola?

Pilar (entrando) Señora.

Menilde (entrando) Diga, niña. ¿Se ha olvidado algo?

Tórtola - ¿Quién de ustedes ha oído hablar de la mariposa de la noche?

Menilde - ¡Por Dios, niña ama, no hable usted de eso!

Tórtola - Contéstame, mujer.

Menilde - La mariposa de la noche es la que le anuncia la muerte a los indios de Borinquen. (Con un ingenuo gesto de terror las mujeres se cubren la cabeza con el manto que las abriga. Tórtola Ruiz se ha quedado muerta de pié. Don Francisco corre y la sacude por los brazos) ~~después la abraza~~)

Francisco ¡Tórtola!, ¡Tórtola! (la abraza)

Antonia - déjame llevarla hasta su alcoba.

Tórtola - No, ya pasó. ¡Pobre hijo mío! ~~No hay que desesperarse de esta esa manera~~

~~Ernesto -~~

Ernesto - ¿Alguna de vosotras sabe dónde fue el señorito Francisco? (Las mujeres menean la cabeza ~~[illegible]~~ negativamente, pero con cierta zozobra.)

Ernesto - ¿Cómo es posible que no se sepa nada sobre el paradero del señorito? Alguien tiene que estar ocultando algo.

Pilar - El señorito no despega los labios ni para agradecer nuestros piropos.

Concha - Sólo acaricia las cabezas de los esclavos cuando son ancianitos y se quejan.

~~[illegible]~~

Menilde - Al área lleva mucha gente, pero no son de esta finca.

Don Francisco - Retiráos, ya se os avisará cuando la señora necesite algo. Que venga el cabo Matos. (Las mozas se retiran un tanto curiosas)

M. Ernesto - (aparte, cantando) "Voy en busca de la mariposa de la noche". Yo he oído esas palabras en alguna parte. Pero, ¿dónde?

Cabo Matos - (acompañado de Pico Machado) Mande, mi amo.

Francisco - Mañana salgo en busca del señorito. Preparadme una cuadrilla dispuesta a acampar en cualquier sitio. Os quedaréis a cargo de la hacienda hasta mi regreso. Procurad que los hachones permanezcan encendidos toda la noche.

Cabo - No se han apagado un instante desde que el señorito salió.

Francisco - ¿Qué habéis hecho hoy?

Cabo - Hemos registrado todos los precipicios de los cuatro caminos de la sierra.

Francisco - Habéis preguntado por él.

Cabo - A todo ser viviente que se ha cruzado en nuestro camino. Hemos indagado por su paradero, hacienda tras hacienda, estancia por estancia, hato tras hato. Sólo en la hacienda de los Peñaranda nos han informado que hace tres noches pasaron cerca del alba dos jinetes vestidos de negro, a galope tendido. Por más que les vocearon ninguno de los dos volvió la cabeza.

Ernesto - ¿Hacia donde se dirigían?

Cabo - Hacia el poniente. El camino tiene muchas herraduras, todas las ~~figanos~~ figamos hasta llegar al rastro. Noches penosas, todas. No hubo forma de conseguir un rastro claro de la herrería.

Antonia - ¿Habéis observado algo en el señorito que os llamara la atención?

Cabo - Caviloso, siempre se le ve. Algunas veces lo he visto tomar un puñado de tierra entre las manos y aspirarla como si fuera una rosa; pero después la tira y sigue andando. (señalando a Pico) Este cuenta algo, pero no sé si ~~debo~~ debe hablar de ello en presencia de las señoras.

Tórtola - ¿Qué sabes tú, Pico Machado?

Pico - Hace como un mes, el señorito me dió una carta para llevarla a la finca "La Siciliana". Cuando toqué a la puerta salió una amazona blanca como el palmillo, con una caballera dorada que parecía incendiada desde la raíz del pelo. Tomó la carta y desapareció como un celaje. Al saltar el señorito, tomé recado de mi malicia, y me puse al acecho. Viendo que nada ~~en la casa~~ se movía, penetré dentro de la casa en ella y la encontré completamente destartalada. Sólo salió a mi encuentro una lechuza, dando vueltas por las cumbreras. Nadie vive por sus alrededores, a cien leguas en redondo. Ningún vecino recuerda que allí ~~[illegible]~~ viviera ~~[illegible]~~ nadie, después que...

Francisco - continuará.

Pico - después que el contrabandista matara a su ~~mujer~~ adúltera. Cosa extraña. al volver al sitio encontré que alguien había hecho desaparecer la casa. No encontré ni las cenizas de ella.

Ernesto - Extraño, es extraño todo esto.

Pico - No quise decir nada, porque amores secretos cuando no se hablan duran poco.

Tórtola - ¿Quién será ~~esta~~ esa mujer, Dios mío?

Pico - Por su aire la tuve por dama de buena casa. Parecía más bien extranjera que española, pero de su boca no escuché una sola palabra.

Francisco - ¿Por qué se esconde en una forma tan misteriosa?

Pico (soñando, agregar suyo) Era hermosa como un lirio de agua.

(Ruido de caballo y voces afuera. El cabo Matoz da un salto hasta la puerta)

Voz - ~~Pasadle recado a don Francisco~~. Pasadle recado a don Francisco.

Voz - El señor está despierto todavía.

Voz - acércate al estribo. alumbra tú al señor.

Voz - Don Félix Quiroga pregunta por el señor.

Cabo - Don Félix.

Francisco - adelante, don Félix.

Escena segunda

Don Francisco, Tórtola Ruiz, Ernesto, Antonia Bonifacia y don Félix Quiroga, con capote de viaje y gorra de viserilla.

Don Félix - Vengo a unir mis pesares a los vuestros, nobles amigos.

Don Francisco - gracias, don Félix. Todos en esta casa estamos ~~sumamente~~ contristados ~~como un lugar~~. ~~Permitidme poner a secar vuestro capote.~~ (Don Félix ~~Francisco~~ se despoja de sus guantes, del capote y de una bufanda ligera. Don Francisco se los entrega al cabo Matoz y éste sale.

Don Francisco ~~Félix~~ Pasan los días, crecen las angustias, y yo me consumo de tristeza, sin saber qué hacer. Hasta este momento no sabía ~~como~~ se apodera de nuestra vida, un hijo. Siento que ~~mi alma se ha ido a vagar por un~~ ~~lugar~~ sitio que no sé ~~al lado de mi hijo~~ ~~dónde queda, pero que está~~ ~~Tórtola (acercándose a su hombro)~~ dónde queda, pero sé que es el sitio donde se encuentra mi hijo.

Tórtola (acercándose a su marido) ¡Francisco querido, ten paciencia.

Don Félix - ¿Hay alguien por los alrededores que pueda escuchar nuestra conversación? (Don Francisco y M. Ernesto se cercioran; uno cierra la puerta, el otro la ventana.)

Don Francisco - Presiento en vuestras palabras ~~algo~~ una nueva desgracia.

Don Félix - Perdonadme, amigos míos, el pesar que debo causaros. ~~acabo llegar~~ Acabo de llegar de la capital, y el señor corregidor me ha informado que existe un

grupo de jóvenes exaltados que se reúnen en el cementerio de una indiera, para rebelarse contra el despotismo de don Juan de la Pezuela.

Tórtola - ¡Acabad, por piedad!

Don Félix - En la lista de sospechosos que tiene el Segundo Cabo aparece un Tuyán, que por la descripción que de él me han hecho, más parece un Andrade que un Tuyán.

Don Francisco - (con un furor reconcentrado) Casi había olvidado mis cuitas contra la Curia Real cuando vuelve otra vez la fatalidad a ponerme frente a ella. ¿Hasta cuándo tendremos que sufrir los españoles los desmanes..?

Antonia - ¡Cuidado, hermano, no salpique vuestro furor el manto de una Reina!

Don Félix - No todo está perdido. Los primeros arrestos han sido tan alborotados, y han conmovido a la guarnición ~~[illegible]~~ de la plaza en tal forma, que el mismo don Juan no sabe a ciencia cierta quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos.

Tórtola - Hay que buscar a nuestro hijo aunque esté en la cresta de la sierra.

Don Félix - Lo más seguro sería enviarlo cuanto antes a una isla vecina.

Don Francisco - Si él tiene que marchar, partiremos su madre y yo con él. No quiero vivir en una tierra que no puede pisar la planta de mi hijo.

M. Ernesto - La cuestión es averiguar dónde queda esa indiera.

Don Félix - El sitio exacto no lo saben ni las propias autoridades militares. Está en una aldehuela oscura, varias veces abandonada por su insalubridad. Me he valido de indagar con los traficantes del Camino Real si quedaba alguna aldehuela india y alguien me ha informado que todavía existen los restos de una en la playa de "La Mariposa".

M. Ernesto - Dentro de tres días sale un carguero del puerto... ahora me acuerdo donde escuché las palabras enigmáticas que tanto nos han intrigado. Volvía yo en una goleta ~~[illegible]~~ de la holandesa, cuando vi acercarse un joven de ojos brillantes y cabello de ala de cuervo a un hombre venerable, acodado en la borda. El joven se acercó al desconocido y le dijo: "Voy en busca de la mariposa de la noche". El desconocido lo abrazó tiernamente y siguieron hablando, casi en secreto. A pesar de sus años, el desconocido tenía ese aire peculiar que distingue al hombre de armas. ~~Al desembarcar~~ Cuando desembarcamos, ambos habían desaparecido...

~~Don Francisco - Todo esto anuncia mayores desgracias.~~

~~Don Félix - Me temo que tendremos que sufrir alguna ultraje~~

Don Félix - Debemos estar preparados para cualquier ultraje.
Don Francisco - ¿Osará don Juan de la Pezuela quebrantar el fuero de mi familia?
Don Félix - No os fiéis, mi noble amigo. Don Juan es un hombre temerario. Además un Ministro de la Corona sabe como abultar el expediente de un rebelde ~~insubordinado~~ hasta un delito de traición.
Don Francisco - Pues si don Juan de la Pezuela intenta deshonrar mi casa, tendrá que cruzar por encima de mi cadáver.
Don Félix - Yo estaré a vuestro lado, don Francisco.
Don Francisco - No puedo permitir que os comprometáis de esa manera, amigo mío. Hay locuras que sólo se comprenden dentro de un brutal desencanto. ~~deseo~~. He visto crecer a mi hijo, soñando para él un destino digno y apacible, ~~el destino que no me permitió disfrutar~~ ~~permitió disfrutar el destino que no me~~ el destino a que tiene derecho un hombre libre. Ahora que veo reproducida en él, parte de mi tragedia, comprenderéis el abismo que se ha abierto a mis pies. Que Dios me perdone si en este momento se confunde la arrogancia con la dignidad o el rencor con el amor paternal.
Don Félix (con firmeza) Yo estaré a vuestro lado, don Francisco. Cada una de estas haciendas es como una fortaleza de una nueva España, la España que todos hemos ~~elevado~~ salvado en el fondo de nuestro ser, ante la injusticia, del error, del despotismo. El día que ~~apagado~~ muera esta otra España se habrá apagado la última luz de nuestro horizonte. Voy a organizar a mi gente.
Don Francisco - (Lo abraza) Buenas noches, noble señor don Félix Quiroga. (Don Félix hace un saludo inclinando a las damas, estrecha las manos de M. Ernesto y parte.)

~~M. Ernesto - Había creído Hemos estado viviendo todos un ensueño religioso. Dondequiera que el hombre se descuida~~
~~M. Ernesto - Hemos estado viviendo todos un ensueño religioso. Esta sociedad era demasiado paradisíaca, demasiado perfecta, para que en ella no se estuvieran incubando los gérmenes de la tiranía.~~

M. Ernesto - Hemos estado viviendo todos un ensueño religioso. Dondequiera que el espíritu del hombre se ~~[illegible]~~ descuida, ~~la libertad se apaga. Yo defenderé la subida~~ ~~la libertad se extingue. Yo defenderé la subida de los cerezos.~~ la libertad se nos escapa de las manos. Yo defenderé la subida de los cerezos, hermano. Vamos, Antonia Bonifacia.
~~Antonia - A preparar las hilas~~
Antonia - Os veré antes del amanecer. (Salen)

ESCENA TERCERA

DON FRANCISCO, TORTOLA RUIZ, el cabo Matos, Matías

ALCOVER, MANUEL AGUILERA, RICO MACHADO, GOMITO COMAS;
AL FINAL EL JOVEN FRANCISCO DE ANDRADE Y RUIZ

Tórtola - ¡Señor, mi señor! (le besa las manos)
Francisco - siéntate un momento a mi lado. Puede ser que esta sea
la última vez que podamos estar juntos. (Tórtola se sienta en el
suelo junto a las rodillas de él) Hace más de veinte años que
vivimos juntos y nuestros ojos se han acostumbrado tanto a hablar
por nosotros, que casi no hemos tenido que usar de las palabras.
Yo fui un niño encelado, y tuve una adolescencia muy triste,
y apenas sabía lo que era el amor, cuando llegaste a mis brazos.
Desde que te vi me sentí deslumbrado por la fuerza de tu
figura, por tu alegría, por tu gracia. Tú fuiste el primer gran
regalo que me hizo la vida. A tu lado he vivido feliz como
si gozara de la protección de un ser perfecto. He hecho todo
lo posible porque mi tristeza no te destruyera.
Tórtola - ~~Oh~~ Obra tuya fui desde que me miraron tus ojos.
Francisco - Sabía que al unirte a mí te sometía a una gran
prueba. Era lo mismo que sacarte de un mundo luminoso, lleno
de flores, aguas y pájaros para encerrarte en un mundo sombrío,
~~lleno de soberbia, de angustia y odios. Te he visto transformar~~
~~te desde una belleza radiante~~ lleno de soberbia, de dudas, de
[redacted] desdén. He contemplado tu belleza sutil y ágil
transformarse en una dama ~~recatada~~ serena y recatada. Tus
ojos han perdido algún fulgor pero tu mirada ~~sabe hoy calar~~
~~hondo en el corazón~~ puede penetrar hasta lo más recóndito de
la pasión de un hombre. En este momento no podría pensar
en ninguna mujer a la cual podría amarse más que a ti.
Perdóname esta confesión tardía después de tantos años de silen-
cio.
Tórtola - Estoy acostumbrada al lenguaje de tus manos, mi señor.
Francisco - Una exigencia del mundo sombrío al que pertenecí
antes de conocerte a ti, me obliga a rebelarme otra vez, a
sumirme en la pesadumbre, en la impotencia de la cual
una vez tú me salvaste.
Tórtola - Cumple con tus obligaciones de caballero que yo
tengo, suficientes lágrimas para llorarte el resto de mi vida.
Seguir has mandado en mi alma, en mi carne, hoy mandas
en mi voluntad. Y perdóname pero si acaso soy
yo, responsable de tu ruina. A lo mejor ha sido mi sangre
de criolla la que ha trastornado el corazón de nuestro hijo.
Tal vez, pensando en mí, se ha apartado de los tuyos.
Francisco - No albergues un pesar que no te pertenece. Arrán-
calo de tu conciencia como se arranca el cardo de los rosales.
Sólo un espíritu domeñado por el lastre del señorío, como
el mío, no pudo descubrir lo que pesaba en el corazón
de mi hijo. No, Tórtola, no. El ansia de libertad es la
almohada sobre la cual descansa el hombre de mi raza.

ahora me explico lo que antes me dolía, el silencio, la ~~angustia~~ amargura,
el desvío de mi hijo. Mas si hubiera sido tu sangre y no la mía,
la que hubiera calentado su arrojo rebelde, ¡bendita sea la sangre
que hace a los hombres libres y fuertes!
Tórtola - Puede ser que yo también me haya apartado de él, sin
duda alguna. Pero mi pecado no ha sido de soberbia, sino un
pecado de amor.
Francisco - derecho tienes tanto a mi señorío como a mi amor
Tórtola - yo me conformaré con el segundo, única miel que
necesitan mis labios sedientos. Déjame ir contigo. Conozco a esa
sierra mejor que todos tus hombres. No han podido olvidarse
de mí, aquellos parajes húmedos que protegieron mi infancia
desvalida. Si llega el momento de la derrota, recordaremos de esta casa.
~~Francisco - Ha de haber una luz siempre brillando en esta casa.~~
~~Puede ser que sea la estrella entonces que~~
~~una madriguera. Cuando llegue ese momento, vendré por ti. Pero si~~
~~Francisco - acaso me toman prisionero, mantén siempre una luz encendida~~
~~que pueda servirle de guía a mi hijo -~~
que pueda ser ~~una~~ una madriguera.
Francisco - Cuando llegue ese momento, vendré por ti. Hasta
ahora esto no pasa de ser otra cosa que una aventura de
señores, que saben mucho de su honra, pero poco del honor
de la gente humilde. ~~del pueblo español.~~ (abriendo la
ventana) ¡Cabo Matías! (llamando)
Cabo - Mande, mi amo.
Francisco - Que vengan aquí todos los hombres españoles de la
hacienda. (~~silencio~~ Don Francisco se vuelve de espaldas a desprenderse de muchas cosas. Con una gran solemnidad entran Matías Aliverí, Manuel Aguilera, Pico Machado, Gomito Gómez, el cabo. Cada uno de ellos tiene una luz en la mano y una hoja de sable a la cintura. Esperan silenciosamente a que su amo se vuelva.)
Francisco - Os he mandado a llamar porque acabo de tomar
una decisión terrible y no quiero haceros víctimas de ella.
Desde este momento tenéis mi permiso para resolver vosotros
lo que más ~~os~~ convenga a cada uno. No quiero ser responsable de haberos empujado a una aventura que se paga con la
vida. El ~~gobernador~~ capitán general don Juan de la Pezuela, buscando (muerto contra mi hijo)
intentará allanar esta casa de un momento a otro y yo no se
lo voy a permitir y ~~voy~~ le haré frente a la guardia o
a la tropa que envíe.
Cabo Matías - Y con usted, nosotros, mi amo. ~~Aquí~~
Matías - aquí no entrará nadie que el señor no le ~~deje~~
dé su venia.
Aguilera - algo me había maliciado y he estado toda la noche
preparando las armas.
~~Pico - Con éstas y unas primas que tengo~~ para salirles al encuentro.
Pico - yo tengo cabalgaduras listas para salirles al encuentro.
Gomito - Todos, por don Francisco. (voces que repiten)

Por nuestro buen amo - (voces que repiten)
Matías - Por nuestra señora ama - (voces que repiten)
Pico - Por el niño Francisco - (voces que repiten)
Cabo - Quiero que entendáis bien el riesgo que esto significa.
Francisco - Quiero que entendáis bien el riesgo que esto significa. Resistir con las armas una orden del capitán general
El acto de resistir con las armas una orden del capitán general, una traición a nuestra
de esta Isla se considera un delito de rebelión, una traición a nuestra
patria.
~~Matías~~ Pico - Yo no tengo más patria que la Hacienda de los cuatro
vientos. La patria es la tierra que el hombre riega con los
Matías - sudores cuando camina hacia su trabajo.
pies cuando camina hacia su trabajo. Hace veintidós años que como de vuestro pan y estoy
Gonzalo - Hace veintidós años que como de vuestro pan y estoy
a buen abrigo. ¿Qué más razón necesita un hombre para
pelear hasta morir? Podéis contar con los peones, señor; desde la desapa-
Cabo - Podéis contar con los peones, señor; todos estamos preparados.
rición del señorito Francisco, todos estamos preparados.
Las mujeres labrarán la tierra y atenderán al ganado.
Pico - Las mujeres labrarán la tierra y atenderán al ganado. Adoran a su ama como a la Virgen de la Providencia.
adoran a su ama como a la Virgen de la Providencia. Pelearán hasta los esclavos.
Matías - Por el señorito Francisco pelearán hasta los esclavos. Por el señorito Francisco pelearán hasta el amanecer.
Hace tres noches que rondan todas las fincas hasta el amanecer.
Francisco - Pronto llegarán otros hombres de Pizarras Altas
y de la Hacienda Estebanía. Procurad acomodarlos como mejor
podáis. Se hará como el señor ordene, que voz de mando tiene.
Cabo - No sé si a estas horas mi hijo esté libre o ~~mi hijo~~ en los calabozos del castillo. Quisiera que esté(?) ~~tenemos(?)~~ ... el.
Francisco - No sé si a estas horas mi hijo esté libre o
en los calabozos del castillo. Todavía está libre, madre.
Francisco hijo - ~~Tor~~ (entrando) Todavía está libre, madre.
Tórtola - ¡Hijo mío de mi alma!
Francisco - ¡Hijo! Francisco de Andrade y Reiz, orgullo de mi
casa. (Se abrazan conmovidos. El cabo hace un gesto y
los ~~criados~~ hombres empiezan a desfilar, con respetuosa
alegría)
Francisco hijo - Temiendo una locura de vuestro corazón he ~~venido~~ ~~ha estallado nuestra causa~~.
~~venido a prevenirlos que otra vez ha~~ ~~no os~~
~~hemos oído contra ella. Venido a suplicaros que no os~~
~~comprometáis vosotros en esta aventura. Comprendo lo dolo-~~
~~roso que tiene que ser para vos, señor, tomar armas contra~~
~~nuestra Reina. Para mí es un deber de conciencia ineludible.~~
~~otra vez hemos sido vencidos antes de llegar a la Puerta de~~
~~Santiago, pero seguiremos luchando hasta~~
~~otra vez nos han vencido antes de llegar a la Puerta de~~
~~Santiago, pero seguiremos luchando hasta desalojar al~~
~~Francisco Juan de la Pezuela~~
~~otra vez nos han vencido antes de llegar a la Puerta de~~
~~Santiago.~~

Francisco hijo - Temiendo una locura de vuestro corazón me he apresurado a regresar.

Francisco - Nada hay en ~~el mundo~~ nuestra vida que valga para nosotros lo que vales tú, hijo mío.

Tórtola - Habíamos decidido seguir tu destino cualquiera que éste ~~sea~~ fuera.

Francisco hijo - Sólo pido un poco de vuestra comprensión ~~[illegible]~~. Creo que os debo una explicación y he venido a dárosla. Hasta hace pocos años mi vida era bastante simple. Creía que el pedazo más perfecto de la creación era la naturaleza. Como un pequeño salvaje gustaba de trepar por los árboles y dormirme entre sus brazos poderosos. Aborrecía el despotismo de los pájaros y las cantilenas de los mendigos. Pero una tarde tuve una revelación brusca del drama humano. Al pasar por la Ermita de la Providencia ~~del Rosario~~ a cumplir un recado de mi madre, vi en la pileta del bautismo a un anciano de barbas blancas, vestido de levita, que sostenía a un negrito recién nacido que estaba recibiendo el agua del bautismo. A su lado había una señorita pálida, con ojos de zafiros, y una cabellera rubia que parecía tejida con hilos de oro. Cuando don José Hermenegildo acabó de bautizar al niño, ~~se~~ vi como aquella adolescente maravillosa tomó al niño en sus brazos, y depositó en su frente un beso lleno de ternura. Fascinado por su belleza me acerqué tanto a ella, que pude escuchar de sus labios estas palabras inolvidables: - Tú serás libre, libre como deben ser todos los seres humanos ~~como los ángeles del cielo~~, precioso niño. - ~~Ser libre como~~ Comprendí que el anciano, para rescatar al niño de la esclavitud, había dejado en la mesa de don José Hermenegildo, hasta su última moneda, tal vez la que representaba el pan del día siguiente. Desde entonces no he podido mirarle la cara a un esclavo de nuestra hacienda, sin sentirme profundamente avergonzado.

Francisco - ¿Por qué no me lo dijiste antes, Francisco?..

Francisco hijo - Cuando alguna noche sentía los latigazos del cabo mayoral en el cuarto del cepo, saltaba de mi cama y me escurría como una liana a curarle las espaldas a los apaleados. Una noche, loco de ira, le arrebaté el látigo y empecé a castigarlo a él. El pobre se aguantó los azotes, pero no dijo nada.

Francisco - Todo eso ha podido remediarse si hubieras hablado ~~contigo~~ conmigo.

Francisco hijo - Tenía miedo, señor, de atentar contra vuestro bienestar, tal vez miedo de encontrar vuestra conciencia sorda a mi angustia juvenil. Siempre os vi tan alto y yo tan menguado. El otro día, ~~al fui~~ me topé con pareja de la guardia civil que venía a apresar al anciano de las barbas blancas. ~~Vi a unos ojos de zafiro, espantados ante la crueldad de los hombres.~~ No le permitieron siquiera vestirse con ropas de alguna dignidad. A empellones lo metieron en una tartana ~~[illegible]~~ y se lo llevaron. Vi a unos ojos de zafiro,

espantados ante la crueldad de los esbirros. Cuando me acerqué
a ella a ofrecerle mis auxilios, se tambaleó como una hoja.
Tuve un momento entre mis brazos aquel cuerpo que había
nacido para ser tocado sólo por los ángeles. Al volver en sí, me
suplicó que la acompañara hasta la comisaría. El sargento, al
verme tan alterado, me permitió llevar al anciano ante un
juez de Instrucción. Allí tuvimos que sufrir cuatro horas de
martirio, viendo como un vejete cínico e insolentido trataba
de enredar a un hombre honrado en un crimen político que
él no había cometido. Aquella misma noche tuvieron que huir
del partido.
Francisco - Es horrible el cuadro que me pintas.
Francisco hijo - Como veis la esclavitud no es sólo de los negros.
También los blancos tenemos que sufrirla.
Tortola - ¿Qué ha sido de ella?
Francisco hijo - No lo sé
partido.
él no había cometido. Gracias a los pequeños fondos que
yo tenía, aquella misma noche pudieron ~~irse del partido~~
huir del partido.
Tortola - Qué habrá sido de ellos, Dios mío?
Francisco hijo - No lo sé, madre. Quise permanecer aquí por
si venía la guardia civil en mi busca, entregarme sin
ruido, sin comprometer vuestra casa.
Francisco - Es horrible el cuadro que, de pronto, se abre
ante nuestros ojos.
Francisco hijo - Por donde quiera que he pasado en estos
últimos días, he visto hombres blancos, españoles humildes,
enchiquerados como fieras, porque no tienen sitio donde tra-
bajar. Hasta los propios alcaldes mayores empiezan a
fruncir el ceño; no sé por qué me asombra una cosa que he contemplado
con mis propios ojos; desde el torreón de un
palacio destartalado. Nos habíamos hecho la ilusión
yo ... de que los negros ~~esclavos~~ de las haciendas eran
sólo esclavos ... los ... y ahora resulta que todos somos tan esclavos como ellos.
¡Pobre España!
Francisco hijo - Pobres de nosotros, los españoles. Yo no sé
como se puede amar un nombre por encima de los
seres humanos divorciar el nombre de la patria de los
seres humanos que la constituyen. Perdonad la herejía
que voy a deciros, padre mío. Lo que hay que
salvar no es a España, sino a nosotros, los españoles.
España no puede ser el nombre de una corona.
Francisco hijo - Pobres de nosotros, los españoles. España
no puede ser una corona, ni una historia, ni una
intendencia

Francisco hijo – ¡Y pobre de nosotros, los españoles, padre mío! Por muchos años creí que la patria era la tierra donde se nacía, un paisaje grabado en el fondo de nuestro ser, que con nosotros crecía, y con nosotros iba poco a poco muriendo en nuestros sentidos. Quizás porque os ~~visto~~ he visto tan felices viviendo en una tierra que no era la tierra donde vos nacisteis, empecé a dudar de esa geografía de la ilusión. Hoy no podría distinguir entre la tierra y los seres humanos que viven en ella. Para mí, España no es una leyenda heroica, ni una historia de crímenes ~~reales~~ gloriosos, ni una Intendencia. España son los campesinos que ~~la~~ trabajan la tierra, las viejecitas que con sus dedos ~~inf~~ infatigables bordan un destino primoroso para cuerpos más jóvenes, las s~~[illegible]~~ señoritingas que con sus risas elevan de ecos ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ cristalinos los atardeceres de nuestros pueblos, un anciano venerable y una niña con los cabellos de oro, dispuestos a pasar hambre por rescatar un ser humano de la esclavitud. España son ~~todos~~ los hombres españoles que viven, sufren y esperan al lado nuestro.

Francisco – Tal parece que estas palabras las habéis escogido de las páginas temblorosas de mi vigilia. Sí, hay algo que rescatar, para que la vida ~~tenga~~ vuelva a tener sentido y grandeza. Todas las tiranías viven de los símbolos necesarios que el hombre arrastra consigo, adornados con bellas palabras, cada una más sangrienta que la otra.

Francisco hijo – Es lástima que después de escuchar esas hermosas palabras tenga que partir de vuestro lado.

Francisco – Yo iré contigo, hijo.

Francisco hijo – No, padre. De nada valdría el holocausto de nuestra juventud, si alguien no quedara detrás organizando el mundo por el cual se lucha. Son dos campos, pues en la sombra; y en cada uno debe de haber un ... (Andrea ... de.) ... desentendéis, pero que se ...

Francisco – Permitidme al menos protegeros un poco, daros una escolta, algunos jóvenes.

Francisco hijo – Me gustaría tomar dos hombres de los ~~tuyos~~ vuestros.

Francisco – Todos estarán dispuestos a ~~marchar hacia el castillo del moro~~ morir por salvarte de la ira de un tirano. Escoge tú entre ellos, los que más te gusten. Sólo te suplico me dejes saber de ti, ~~siempre una semana~~ dondequiera que te encuentres.

~~[illegible]~~ – Estaré [más] cerca de vosotros de lo que podríais ~~imaginar~~ ahora. Tal vez alguna noche

Francisco hijo – ... pueda ~~regresar~~ venir a besaros las manos. ~~Prefiero que me~~

~~[illegible]~~

Francisco – Esta hacienda estará preparada día y noche para recibiros. Si se necesita algún sitio donde resistir la batida, aquí estaremos nosotros.

don José - Nada tengo que reprocharos, don Francisco. Pero pienso que cuando un hombre joven va en busca de la victoria, o de la muerte, debe acompañarlo la bendición de un sacerdote.

don Francisco - Sentáos, padre. Os supongo enterado de todo.

don José - Esta es una noche de tempestad, pero mañana amanecerá otra vez, el día claro. Sólo la tempestad que alberga la conciencia del hombre, dura y se extiende a través del tiempo, como un anatema contra las fuerzas del mal.

don Francisco - Debo haceros una pregunta antes de que salga mi hijo. ¿Os acordáis de un anciano de barbas blancas, acompañado de una señorita de cabellera rubia, que hace algunos años fué a bautizar un niño esclavo en vuestro baptisterio?

don José - Don Daniel Alonso y Jiménez se llama el caballero, vocal de la "Sociedad de Liberales Amantes de la Patria", como se la conocía en su tiempo.

don Francisco - ~~Ahora comprendo...~~ Ese debe ser.

don José - Su hija es la señorita Libertad Alonso y ~~[illegible]~~ Cajal. Pidiendo de puerta en puerta, padre e hija, han redimido en los últimos cinco años a más de cien esclavitos.

don Francisco - ¡Libertad! ¡Libertad!, extraño nombre para una ~~[illegible]~~ damisela.

don José - Comprenderíais mejor el hechizo que tal nombre puede despertar en el corazón de un mozo, si conocierais a quien lo lleva. Imagináos que nuestra Señora, la Virgen de la Providencia, hubiera decidido duplicar su imagen en un ser terreno, para que los creyentes volvieran a tener fe en su mano dadivosa: así es Libertad Alonso. ~~[illegible]~~. Como todo espíritu puro es valerosa, sufrida, tocada ~~[illegible]~~ por la gracia de la magnanimidad.

don Francisco - ¿Qué ha sido de ellos, padre José Hermenegildo?

don José - Están a buen abrigo, hijo mío. También ~~los curas~~ las sotanas tenemos nuestras conjurillas.

don Francisco - Es necesario que yo me comunique con ellos. Sé que mi hijo me lo agradecería el resto de su vida.

don José - Cuando así lo dispongáis, iremos a la Hacienda de los ~~[illegible]~~ Monserrat. (Entran M. Ernesto, Antonia Bonifacia, don Félix Quiroga, Virginia Amparo Quiroga, don Vicente Torres)

don Vicente - Dignísimo amigo. He venido a ponerme a vuestras órdenes.

don Francisco - (abrazándolo) Gracias, ~~[illegible]~~ bondadoso ~~amigo~~ don Vicente.

Antonia Bonifacia - ~~[illegible]~~ Padre José Hermenegildo (le besan la mano Antonia Bonifacia y Virginia Amparo)

Virginia Amparo - Don Francisco, ~~nada tengo que añadir~~

nada tengo que añadir a las palabras de mi tío. Estaré al
lado de vuestra esposa todo el tiempo que sea necesario.
Don Francisco (besándole la mano) Gracias, virginia amigo.
El presbítero don José Hermenegildo de la Paz conoce nuestro cuidado.
Tengo, sin embargo, una noticia que [illegible] darnos que
debe serenarnos un poco. Mi hijo está de vuelta, pero
debe marchar esta misma noche. Como hombre de honor, no
puedo pedirle que deje de cumplir un compromiso que él
considera sagrado.
Don Felix - De todos modos, querido amigo, debemos estar
preparados antes de que nazca el nuevo día.
Don Vicente - Así lo creo yo también, don Francisco.
M. Ernesto - Desde este momento hay cuatro caminos que
deben quedar cerrados a la tiranía de don Juan de la
Pezuela. Pezuela.
Don Francisco - No puedo dudar de la sapiencia de un consejo
que viene de corazones tan generosos. Sólo me resta despe-
dirme de mi hijo.
[illegible] Antonia - Hombres, a las hilas y los ungüentos.
Voces (afuera) - ¡niño amo! ¡niño Francisco! ¡amito blanco!
¡niño santo! ¡amito Francisco! ¡amito bueno! Perdona
Cubo (que viene con Pico Machado y Gorrito Cosme)
el señor, pero son los esclavos que se han enterado del
regreso del señorito Francisco y quieren verlo.
Don Francisco - (acercándose a la ventana, se dirige a los
esclavos) Pronto bajará el señorito a saludaros. Podéis
esperarlo junto a la escalera. (Se oye un rumor de voces que se
[illegible] alejan.) Pico Machado y Gorrito Cosme llevan mantas y mosquetes a la espalda
esperarlo junto a la escalera. (Se oye el rumor de unos
pasos cerca de la puerta
plantas desnudas que se agrupan
de entrada. Pico Machado y Gorrito Cosme llevan boinas
vascas, mantas terciadas y escopetas a la espalda. Cada
uno se ha situado a un lado de la puerta. Parecen
dos [illegible] andaluces de los bandidos de Sierra Morena.
Vuelven Tórtola Ruiz y su hijo
Francisco hijo - Buenas noches, señores, señorita. No quiero
marchar sin testimoniarles mi agradecimiento.
Vuelven Tórtola Ruiz y Francisco hijo, con un hatillo.
Francisco hijo - Buenas noches, caballeros, señorita,
padre José Hermenegildo.
Don José - Buenas noches, hijo
Don Félix - Ardía en deseos de estrechar vuestra mano,
Francisco
Don Vicente - Buenas noches, mi joven amigo Andrade.
Don Francisco hijo - Vuestra presencia en esta noche en mi casa me
da a conocer lo profundos que deben ser, mi gratitud

desde ahora en adelante, mi amor y mi respeto, por los señores que rigen los destinos de las haciendas Castañer, Estebanía, Pizarras Altas y Cuatro Vientos. Vine temblando a esta casa, temeroso de encontrar, recriminaciones y temores, y salgo de mi casa, con el corazón alegre y la cabeza erguida, sabiéndome acompañado ~~por vuestro pensamiento~~ por el pensamiento de aquellos que son incapaces de cejar ante un atropello a la libertad del hombre.

Don Felix- ¡Bien!

Don Vicente- ¡Bien!

M. Ernesto- Bravo mozo el galán de la Hacienda de los Cuatro Vientos (Empiezan a llegar los criados y criadas que no habían entrado)

Antonia (abrazándolo) a tu cuidado quedamos, sobrino de mi alma.

Francisco hijo- Padre José Hermenegildo, ~~yo no sé~~ no sé si en este momento tengo derecho a la bendición de un hombre que cree en la paz y en la hermandad de todos los seres humanos. Pero si no podéis bendecirme os suplico que no dejéis de rezar por mis padres y mis familiares y mis nobles amigos.

~~José~~ Don José- Acercáos don Francisco de Andrade y Ruiz. Nunca ~~ha sido un pecado contra la Iglesia para mi Iglesia, luchar contra la tiranía- cuadro al centro~~ ha sido un pecado para la Iglesia que yo represento, luchar contra la tiranía. (Cuadro al centro: don Francisco hijo, Pico Mostrado y Gorrito Cormas se arrodillan ante ~~don~~ ~~José~~ el cura granjero- En nombre de Dios todopoderoso, ~~te bendigo a ti, a tus amigos y a tus~~ yo os bendigo, hijos míos.- (~~Desde~~ Después llegan los hacendados conjurados, se arrodillan y son bendecidos. Don Francisco hijo se levanta y abraza a sus padres, a sus familiares a los señores presentes, y a la señorita Virginia Amparo. Vuelve al lado de su madre y vienen los criados y criadas de la casa, empezando por el Calo Malva a besarle la mano. Don Francisco hijo ~~los~~ les acaricia brevemente la cabeza a todos. ¡Ni una sola lágrima, seres directos, por favor! Después camina entre sus padres hasta la salida. Se oye en los ladrillos del patio el casco de los caballos, impacientes y se aviva la luz de las antorchas. Se oyen como una salmodia lejana y macabra las voces de los esclavos: ¡niño amo! ¡niño Francisco! ¡amito bueno! ¡Que vuelva el niño amo! ¡Que vuelva el niño Francisco! amito santo! ¡Que vuelva el

TELON.

ACTO TERCERO

Puerto Rico 1853. La misma sala de los actos anteriores. Las labradoras no han vuelto a hilar, pero la tristeza se ha metido a hilandera, por su cuenta. Crepúsculo.

ESCENA PRIMERA

TÓRTOLA RUIZ DE ANDRADE, JUANA DURÁN, PILAR SANTIAGO, MENILDE PORRATA, CONCHA RESTREPO; AL FINAL GOMITO COMAS.

Tórtola Ruiz, enlutada desde el cerquillo hasta el chapín, sentada al centro en una silla de enea ~~ro-~~ rodeada por las mozas, que están sentadas en el suelo. Las mozas ya no tienen en sus sayas los colores brillantes de los primeros actos; además llevan pañuelo negro en la cabeza. Cada moza tiene una costura en las manos.

Juana - Mire usted, niña Tórtola, qué comisión nos tendrá el nuevo esclavito.

~~[illegible]~~ repuntado

Pilar - Yo prefiero coser las blusas de los esclavos viejos. Tienen los ojos llenos de miel y manos ~~de sueño~~ sarmentosas.

Menilde - La verdad es que coser estas blusas es como poner para las bendiciones. Llevo siete despun- ~~[illegible]~~ a las agujas en penitencia.

Todas en la primera media docena.

Concha ¿Le molesta a la señora ama nuestra plática?

Tórtola (ausente) No, mozas; podéis continuar.

Juana (con un guiño de inteligencia) Pensábamos nosotras, señora, que lleva su merced tres años en pena, así sin levantar la cabeza del suelo, y eso nos tiene a todas un tanto nubladas.

Tórtola - ¿Por qué, criatura?

Pilar - La alegría de los señores es la candelita de sus servidores. Cuando el ama está risueña siente una en la cara como un sol claro y pequeño, que todo lo rebrilla. Cuando el ama está triste, la luz se retira de las caras.

Tórtola - Es difícil sobrevivir a ciertos dolores, Pilar.

Menilde - Ya no se siente por esta casa el [illegible] pasito de paloma de la señora, ni sus flautas de plata le sirven de sonajeros a los angelitos del cielo.

Concha - Dejad en paz a la señora, cotorreras.

Tórtola- No las reprimáis. Las voces jóvenes se ~~encuentran con otros ecos~~ despiertan otras que se han quedado dormidas en el fondo ~~del tiempo~~ de la tierra.

Juana- (suave, pero terca) Pensábamos nosotras que una boda podría alegrar otra vez la Hacienda de los Cuatro Vientos.

Tórtola- El único galán que tenía esta casa ya está desposado. Yo misma lo vestí con su fraque color ciruela y su plastrón de seda para que se encontrara con su novia.

Pilar- No hable la señora así. La ~~[illegible]~~ muerte no constituye boda para nadie.

Tórtola- Sin embargo, los mozos la buscan con ardor y se arrojan en sus brazos, con una sonrisa en los labios.

Concha- Hay llamas negras que lo mismo salen de los leños que de las almas.

Juana- Nosotras no pensábamos en bodas de señores sino de criados. Dicen los hombres viejos de la Hacienda que los mozos se cansan de esperar, y si la novia no se apronta, se casan con la madrina.

Tórtola- Entiendo. ¿Quién de vosotras es la que tiene amores?

Matilde- (ruborosa) Yo, señora.

Tórtola- ¿Hace ya algún tiempo?

Matilde- Cinco deshojes ~~llevo~~.

Tórtola- ¿Por qué no lo habíais ~~[illegible]~~ dicho antes?

Matilde- Yo guardando la pena por la señora y él guardándola por su señor, también estuvimos de luto.

Tórtola- Habrá que tomarle parecer al señor.

Juana- De eso se trata, niña ama; que sea su merced quien lo hable. El mozo ha tratado de hacerlo, pero en cuanto se topa con el señor, se le olvida el discurso. Con éste no se puede contar. Con el pecado se le suben los colores y se le desasosiega el justillo.

Tórtola- Bien, yo le hablaré al señor. ¿Estáis segura de su cariño?

Matilde- Al principio, no, señora; que tenía la mano más larga que la promesa. Pero tanto susquinee le hice, que acabó en enfriarse. Primero, ~~yo~~ me entregó la medalla que le dio su madre al embarcar; después, quiso juntar su dinero con las galas de mi bautizo. Contando las monedas hemos pasado muchas noches bajo

el quinqué de la mano.

Tórtola - ¿Es un hombre de la casa de campaña o del servicio del señor?

Menilde - Está al servicio del señor, niña ama.

Tórtola - ¿Quien es él?

Menilde - Gomito Correa, señora.

Tórtola Pues se pone de pié como si ~~[illegible]~~ hubiera recibido una lanzada en pleno corazón. Quiere hablar, pero una furia irresistible la deja muda de espanto, petrificada, con la cara impenetrable.

Menilde (espantada) ¿Que le acontece a la señora ama? ¡Señora! ¡Niña Tórtola!

Tórtola (terrible) ¿No estaba ese mozo al lado de mi hijo cuando lo mataron?

Menilde - (llorando en el suelo) Si, señora a su lado estaba, pero...

Tórtola - ¿Por qué no lo protegió con su propio cuerpo como era su deber hacerlo?

Gomito (entrando) Porque no hubo tiempo de hacerlo, niña ama. Yo le suplico a la señora que me escuche, antes de condenarme. No se pasan veintitrés años al lado de unos señores sin que llegue uno a amarlos como si fueran ~~[illegible]~~ sus propios padres.

(Tórtola le vuelve la espalda con un furor desdeñoso.)

Menilde - Escuchadle, niña Tórtola, ¡por la Virgen de las Angustias!

Gomito (impetuoso) Cuando salimos aquella noche de la hacienda de los Cuatro Vientos, llevábamos el propósito de utilizar solo los atajos. Al llegar al caño de la Providencia encontramos a una mujer llorando en la vereda. La guardia Rural acababa de apresar a su marido, un bocafrangues de la herería de los Chivo. Para sorpresa nuestra, el señorito Francisco, picó espuelas hacia el poblado. Pico Machado logró adelantarse a otear el camino ~~los pumas que ayudaban el asalto del señorito~~. Yo iba detrás del niño Francisco, con los tres caballos del relevo, según lo habíamos acordado. He visto cruzar muchos relámpagos por el cielo y correr muchas centellas por la tierra, pero ninguno tenía el ímpetu del joven señor de esta casa. Al alcanzar la guardia, un cabo con tres soldados, el señorito se le abalanzó al cuello del cabo y lo derribó. Pico Machado y yo maniobramos nuestras caballerías y desmontamos a los dos primeros soldados que nos

dieron muerte, pero el tercero tuvo tiempo de desabotonarse, y casi a quemarropa, le disparó un pistoletazo al niño Francisco.

(Tórtola da unos pasos erráticos por la estancia, cubriéndose las orejas con las manos, como si no pudiera escuchar más. Después va serenándose poco a poco y se vuelve hacia el mozo)

Gorrito (más reposado) Al principio creímos que la herida del señorito no era grave; siguió a galope hacia el Frontón de la Mariposa, como si nada le hubiese sucedido. Después vimos que su cuerpo como que se tambaleaba sobre su caballo.

Tórtola - ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Gorrito - Al desmontarlo, notamos que tenía un hueco negro más abajo de la tetilla y que respiraba con dificultad. Me llamó con los ojos, y con los últimos pedazos de palabras que pudo reunir en su boca, me ordenó seguir hasta el Frontón de la Mariposa, y ~~comunicarle~~ contarle el suceso a los otros jóvenes señores que estaban esperándole. Yo me resistí un ~~mucho tiempo~~ momento, pero nadie hubiera podido desobedecer ~~la súplica de aquellos ojos que parecía desprenderse de la cara de un Cristo.~~ una súplica que parecía llegar del rostro de un Cristo. Corrí como un desesperado, y en nueve horas, hice un recorrido que toma cerca de dos días. Pero mañana, Andrés el Bocafraguas, y los nobles señores, compañeros de vuestro hijo, pueden atestiguarle a la señora todo lo que aquí he dicho.

Tórtola - ¿Por qué se me ocultó hasta ahora el lance?

Gorrito - Porque así lo ordenó el señor amo. Cuando regresé a la hacienda, el cuerpo de vuestro hijo había recibido ya cristiana sepultura. Desde entonces he visto los ojos de mi ama apartarse de mí con disgusto, como si mi presencia la conturbara. Hasta hace poco creí, que al verme, se avivaban en el corazón de la señora las tristes memorias de su hijo, y por eso, evitaba toparme con la señora. Mas no lo hacía por soberbio, niña Tórtola, sino por respeto al dolor de una madre.

Tórtola - Acercaos, hijo mío. (Lo besa en la frente) Perdonad mi desvarío.

Gorrito - (Arrojándose a sus plantas y besándole el ruedo del traje) ¡Niña Tórtola! ¡Niña ama! ¡Señora!

Tórtola - Yo me ocuparé de vuestros desposorios. Tal vez os hemos hecho sufrir una tragedia que no ha debido traspasar los umbrales de esta casa. Podéis retiraros,

mozas. Mal hilván son las lágrimas, una blusa de esclavo.
(antes de retirarse las mozas y el novio, han entrado M. Ernesto y Antonia Bonifacia)

ESCENA SEGUNDA

TORTOLA RUIZ, ANTONIA BONIFACIA, M. ERNESTO

Antonia – ¿Otra vez, hermana? ¿otra vez?

Tórtola – (secándose las lágrimas) El relato de una muerte ha vuelto a recrudecer mi pena. Pero siento que, por ella, esta vez se ha filtrado una luz consoladora.

M. Ernesto – (besándole las dos manos) Bien llegado el dolor, si deja una ventana abierta a la esperanza.

Tórtola – Oyéndole al mozo contar cómo murió mi hijo, he sentido un poco de rubor. Por rescatar a un hombre humilde de las garras de la tiranía, mi hijo recibió un pistoletazo en el pecho. Tal vez si hubiese tenido una muerte arrogante, una de esas muertes regidas más por la soberbia que por la virtud, no me habría rescatado de la usura de ánimo en que he estado sumergida.

Antonia – No sabéis cuánto me agrada oiros esas palabras.

Tórtola – Nuestra hacienda se ha vestido de luto. Sin órdenes de sus señores. Nadie ha osado perturbar durante estos tres años, el silencio, la tristeza, tal vez el encono de nuestros sufrimientos. Ellos han padecido tanto como nosotros, pero además han trabajado mejor que nunca.

Antonia – A lo mejor si alguno de ellos hubiese regresado con esos labios azules que dibuja la muerte, nuestro luto no habría pasado de la santiguada.

M. Ernesto – Hay en el espíritu de esta gente que nos rodea, la misma hidalguía que se descubre en sus señores. La historia del pueblo español es un perpetuo holocausto en honor de la lealtad humana.

Antonia – Aquella noche, al ver partir a los hombres de Pizarras Altas, dispuestos a morir por sostener el honor de sus señores, me di cuenta que el heroísmo no necesita de palabras extravagantes, sino de claridades de la conciencia. Como española, me sentí profundamente halagada; como mujer, conmovida.

M. Ernesto – Cuando llegué a estas tierras venía con las ideas con que solemos andar los franceses por el mundo. Creía ingenuamente que nuestras ideas eran las más sabias, las más útiles. Tonto de mí que no supe darme cuenta a tiempo, que las ideas son sólo eso, ideas, signos apáticos ante el misterio fecundo de la vida.

a poco, de vivir entre los españoles de Europa y los españoles de América me di cuenta, que el trazo de Dios se había anticipado a situar en la conciencia de algunos hombres, lo que nosotros habíamos intuido como una utopía, hermosa pero inútil, ante el antagonismo humano. ¿Qué ~~clase de~~ clase de mundo es éste, en el cual, el hombre que obedece deja obligado con su amor, su artesanía, su dignidad al hombre que lo manda? ¿Qué reunión de seres celestiales y hombres de carne y hueso ~~es~~ es la que crea esta sociedad sin egoísmo, donde a nadie le duele el dolor ajeno? ¿Cuál es la sabiduría que obliga al vaquero a acariciar los morros de sus ~~becerritos~~ becerros como si se tratara de un semejante y le permite al pastor dormir entre sus ovejas, como una criatura más? En este menosprecio por la mudanza de la suerte, por la inestabilidad de un destino lujoso, en esta comprensión del misterio que circunda a la vida, son ~~[illegible]~~ maestros los españoles. Por eso resultan ~~señores~~ señores, tanto los nobles como los plebeyos, los amos como los criados.

~~Antonia - Todos vuestros pulidos madrigales no valen para mí lo que valen las palabras que acabáis de pronunciar.~~

~~M. Ernesto - A lo mejor ha sido vuestro sensual recato y vuestro dulce señorío las musas que me inspiraron~~

Antonia - Hay palabras que descubren la grandeza de un hombre hasta sus raíces. (Se acerca a él amorosamente)

M. Ernesto - A lo mejor habéis sido vos, amada Antonia, con vuestro amoroso recato y vuestro dulce señorío, la musa que inspiró mis meditaciones.

Tórtola - Si alguna razón divina tiene que haber en esta contradicción que obliga a los señores aprender a ser humildes, y obliga a los humildes aprender a ser señores. ~~Algo se ha iluminado dentro de mí. Esta noche vuelve a tener ama la hacienda de los Castro~~ ~~Vilda~~. ¿Queréis pasar a saludar a mi señor?

M. Ernesto - Más tarde, hermana. Dejadnos contemplar un momento la Piedra de Guitarte. A esta hora parece un trono de plata en espera de un Dios. (Salen)

ESCENA TERCERA

DON FRANCISCO, el cabo Matos; más tarde TÓRTOLA RUIZ CON GOMITO Y BENILDE.

Don Francisco está todavía de luto riguroso. Llega con un tranco cansino y macilento y se sienta en el sillón gótico de su tío, don Damiancito Tavárez; sus brazos cuelgan suspendidos de un abatimiento tan denso, que al entrar el cabo Matos, y verlo, retrocede como si se hubiera vuelto a encontrar con un fantasma de él conocido.

bastante conocido.

Cabo - (se acerca al sillón y lo sacude a su señor enérgicamente por el brazo.) - ¡Señor de Andrade! ¡Señor amo! ¡Amo don Francisco!

Don Francisco - ¿Quién? (lo mira perplejo) ¿Qué os sucede?

Cabo - (suplicante, pero enérgico) - No os sentéis más en ese sillón, señor. Mirad que así fué como empezó vuestro noble tío a perder cuidado de las cosas de este mundo.

Don Francisco - Dejadme en paz, cabo Matos.

Cabo - No puedo, señor. Su vida es un campo de batalla, aunque lo crucen malos pensamientos y no balas. Cuando en medio de una batalla, el cabo observa a su capitán sucumbiendo al espejismo de la muerte, debe sacudirlo hasta que despierten sus sentidos.

Don Francisco - Retiráos (con una débil voz de mando)

Cabo - No puedo, señor. Vos sois el capitán de muchos hombres y mujeres, que sin su señor, no sabrían cómo valerse. Mirad vuestros campos desde esta ventana. Para recalentaros el ansia de vivir han florecido como nunca. Todos los árboles están esperando una sonrisa de su amo para empezar a madurar sus frutos.

Don Francisco - (con una energía espectral) Basta ya, os lo he dicho.

Cabo - No puedo, señor. Esta es una noche rara en que se cruzan por los aires los rezos de los muertos con las voces de los vivos. Además de la vuestra, siento en mis oídos la voz de otro amo que ... la voz del muerto defendiendo a los niño Francisco, de la corona española. ¿Vais a dejar desamparados de la encomienda de vuestro noble tío? incumplida la misión de vuestro amo,

Don Francisco - Respetad la desgracia de vuestro amo, al menos, desgraciado.

Cabo (cayendo de rodillas) Levantáos, señor, levantáos. Ninguno de nosotros podría asistir al entierro de otro Andrade y seguir viviendo.

Don Francisco - (levantándose con una dolorosa voluntad) Tenéis razón. Siempre creemos que nuestra vida es lo único, que en realidad de verdad, nos pertenece. A lo mejor le pertenece más a los seres que nos rodean que a nosotros mismos. (dirigiéndose a la ventana, involuntariamente) ¿Para qué me queríais?

Cabo - He visto en el primer [illegible] al pelirrojo don José Hermenegildo de la Paz, quien se dirige hacia aquí.

Don Francisco - ¿Quién ha apagado los hachones del patio?

Cabo - Estábamos esperando a que vos ordenárais que

Don Francisco- Ahora recuerdo; sí. Además vendrán otros señores que he citado para esta noche. ¿Quién ha apagado los hachones del patio?

Cabo- Estábamos esperando a ~~[illegible]~~ que vos ordenaráis que se encendieran ~~[illegible]~~ de nuevo.

Don Francisco- ¿Estuvieron apagados alguna vez?

Cabo - Sí, señor; desde hace tres años.

Don Francisco- Encendedlos todos, según la costumbre de la casa.

Cabo - Se hará como el señor ordena, que voz de mando tiene.

(Sale. Se oye al instante la voz del cabo, enérgica, con una alegría reprimida) ¡Luces! ¡Luces como siempre, en el portal, en las cocheras, en la arcada, en las torrecillas! ¡Los hachones!

Voces (dentro) ¡Los hachones!

Un revuelo vivo de luces rojas con borbotones amarillos se acerca por puertas y ventanas. (Don Francisco se acerca a la ventana, a esperar el milagro de las llamas) Aparecen Tórtola Ruiz, Gomito Cosme y Menilde Porrata.

Tórtola (secreteándose con los criados) Cuando el señor se vuelva hacia ustedes lo saludáis con muchas zalemas y aspavientos.

Gomito - Sí, señora ama.

Tórtola - Vos, Menilde, le anunciáis que vuestro novio tiene que pedirle algo, pero no se atreve. Entonces cuando el señor os dé su venia, vos, Gomito, le habláis como se le hablaría a un padre más que a un señor.

Gomito - Así lo haré, señora ama, si su merced otorga

Tórtola - En el momento preciso, yo ~~[illegible]~~ acudiré a vuestra licencia ~~[illegible]~~ en vuestro auxilio.

Menilde - ¡Ayudadnos, Virgen de la Providencia!

Don Francisco (volviéndose) ¿Qué hacéis aquí a estas horas?

Menilde Luego, que luces con bombas se encendieron esta noche y que salía luce nuestro amo entre ellas.

Don Francisco (sorprendido) ¿Cómo decís?

(A Menilde se le bajan de la cintura todos los ruedos de sus cuatro naguas.)

Menilde - Éste, señor; éste y yo, queríamos decirle al señor, si el señor puede escucharnos un momento...

Don Francisco- ¿Qué tenéis que decirme?

Gomito La moza aquí presente y yo, ¿comprende el señor?, pues teníamos pensando, teníamos pensado...

Tórtola (Saliendo de su media sombra) Tenían pensado hablar con vos, señor, porque quieren casarse y necesitan de vuestro permiso.

Don Francisco - ¿Por qué tienen que pedir permiso? ¿Necesitáis algo?

Menilde - No señor, que todo lo tenemos bien medido y mejor sobrado; pero el permiso del señor es la primera bendición que necesita una boda para

que resulte buena.
Don Francisco – (vencido por el candor de la moza) Podéis casaros,
si ese es vuestro deseo. Decidle al Cabo Matos que os prepare
una casa y una huerta y separe una vaca para el corralillo.
Gumito – Señor, más que nuestro amo, sois nuestro padre.
Matilde – (En son de jaculatoria) Larga tiene la diestra el buen
caballero don Francisco de Andrade. ~~todavía~~ aún faltan mercedes. (Salen
Tórtola Venid conmigo, que
hacia el interior de la casa)
Don Francisco – ¡Todavía hay alguien que me llama padre!

ESCENA CUARTA

DON FRANCISCO, DON JOSÉ HERMENEGILDO; al final
el Cabo Matos

Don José – Buenas noches, señor de Andrade.
Don Francisco. Buenas noches tenga ~~su paternidad~~ vuestra
paternidad. Hasta ahora que os veo aquí, no había
pensado en lo azarosa que ha debido ser para vos,
mi súplica ~~en cumpli-~~
Don José – acordáos, don Francisco, que ~~en cumpli-~~
~~miento de mi ministerio~~, aveces tengo que escalar altura
mas agrestes, a elevarle la bendición a cualquier alma
atribulada. Pero al venir esta noche, no sé por qué
imagino que habéis cubierto ya, un largo trecho en
el camino de las tribulaciones.
Don Francisco – Tal vez he llegado a adivinar que mi
postración puede resultarle azarosa a otros ojos más
sabios. Hace un momento, al sentarme en ese sillón
al ~~...~~ ~~pedirle ay el peso~~ muerte ~~...~~ que me llevara ~~...~~, el espanto
de mi criado me hizo comprender que toda la tiabaquera ora
~~...~~ de los Andrades en esta tierra, podría hundirse
de nuevo, si el último señor de esta casa no asumía
otra vez, sus deberes de ~~amo~~ cristiano.
Don José – Os escucho, hijo mío.
Don Francisco – La tarde que llegué a esta hacienda creía
que el destino me había deparado una tumba decorosa,
donde podría enterrar mi pasado; lo que en él hubiera
de honor o de miseria, de grandeza o mendacidad.
¡Además sentía tal ansiedad por olvidarme de quien era!
~~Puede que esta falta de cautela ayudara a situarme~~
~~en mi conciencia Puede que esta falta de cautela me~~
~~hiciera considerar todo el mundo que me rodeaba, como~~
~~la única solución Puede ser que esta falta de cautela~~
~~haya labrado mi desgracia~~ ~~falta de cautela la que labrara,~~
~~Puede que fuera esta falta de cautela la que labrara,~~
~~una vez más, la desgracia de mi casa.~~
Don José – Por que ~~...~~ pensáis
Puede que esta falta de cautela me hiciera concebir
la religiosa ilusión en que he vivido.

Don José - No logro entenderos, don Francisco

Don Francisco - Puerto Rico era una tierra nueva. Todo ~~[illegible]~~ parecía distinto, tan generoso: el paisaje, la historia, la gente. Pensaba yo que una naturaleza tan brillante como ésta, realizaría el milagro de convertirnos a todos en una humanidad diferente. Las viejas pasiones europeas tendrían que retroceder avergonzadas ante la imagen cándida de este nuevo paraíso. Debo confesaros que por muchos años, me sentí a gusto, un desertor de mi mundo español.

Don José - Comprendo.

Don Francisco - El mundo americano me pareció un mundo recio, ~~pero~~ un mundo abierto a la aventura, a la improvisación, al coraje. Algunas noches cuando los cuatro vientos de la serranía bramaban en torno mío, sentía mi conciencia sacudida por una energía insólita, dispuesta a elevarse los últimos vestigios de mi rencor, de mi abulia, de mi indecisión. Era entonces un placer salir con los peones ~~cuadrilla~~ a dirigir los trabajos de recuperación, al mojarme ~~[illegible]~~ los cabellos con esa lluvia que gusta de azotar el rostro de los hombres. Puedo aseguraros que nunca me sentí tan libre, tan seguro, tan puesta como en aquellos primeros años de una ~~épica~~ etapa épicos, ~~segunda épica española en América~~,

Don José - Era el encuentro con la épica de la colonización.

Don Francisco - Cuando nació mi hijo, hice todo lo posible porque entendiera su destino, su nuevo mundo, tal como creía yo haberlo descubierto. Nunca le hablé de pergaminos ni genealogías. Nunca supo apenas saber quién era. De mi patria sólo le recordé la descripción de algunos paisajes, nuestra religión, nuestra lengua, nuestra historia. ¿Hice bien o hice mal, ~~castellano~~ la parte noble de nuestra padre José?

Don José - Hicisteis bien, don Francisco. El respeto a la autonomía humana forma parte del cuerpo de principios de nuestra fe.

Don Francisco - Mi temor era que mi hijo encontrara la sociedad española demasiado injusta, para el concepto de la libertad del hombre que ~~empezaba~~ empezaba a crecer en esta tierra. ~~Yo no me hubiera sentido con una moral suficiente para enfrentarme a su rebeldía contra una clase~~ Yo no hubiera podido enfrentarme a su rebeldía contra una clase de la cual resultaba yo, la primera víctima.

Sin embargo...

Don José - ¿Sin embargo?

Don Francisco - Al morir mi hijo me pareció su destrucción, algo así como un castigo, como si todos los rostros venerables de todos los hombres españoles que habían sufrido los mismos desengaños y tristezas míos, sin permitir que nuestra nación se derrumbara, me acusaran de mi torpeza. La muerte venía a recordarme que en cualquier sitio a donde el hombre llegue, arrastra consigo ~~el pasado~~ el destino y el linaje de sus ~~linaje de~~ ~~[illegible]~~; que no hay nuevos mundos ni hombres nuevos; que no hay ~~[illegible]~~ abierto a una ilusión que mi corazón se había ...

Don José - Tenéis razón al decir que todo lo creado es antiquísimo religioso. Tenéis razón al decir que el hombre es un ser vetusto. Pero hay un azar, y que el hombre, ~~que se complace en alentar los antiguos~~ ~~producto de la historia, que se complace en alentar~~ ~~mismos humanos, producto de la imperfección humana,~~

misterioso que teje y desteje en el telar de la adversidad los más extraños sucesos.

Don Francisco - Al principio, lo que más tristeza me produjo fué la forma como se había desvanecido en mi memoria el recuerdo de mi hijo. Por más esfuerzos que hice, no lograba reconstruir su imagen. Algunas veces me parecía descubrir ~~algunos rasgos suyos en la cara de los criados de la casa,~~ parte de su rostro, de su voz, de su figura en la cara de los criados de la casa, en los cantos de los esclavos, hasta en las sombras de los árboles. Después empezó a aparecer en mis sueños un niño atolondrado que corría alrededor de mi lecho, obligándome a entrar en un juego que yo no conocía. Una noche se acercó tanto a mis almohadas, que pude mirarle bien, pero su rostro me era totalmente desconocido. Sin embargo, al alejarse de mí se parecía a mi hijo, como una gota de agua a otra. La última noche que soñé con él, tenía una estatuilla de cera en una mano y un muñeco de brea en la otra. ¿Qué significa este sueño tan curioso, padre José Hermenegildo?

Don José - La desventura le hace dar muchas vueltas a los sentidos, amigo don Francisco. A un modesto estudiante de teología como yo, le es difícil aceptar que los sueños sean signos confiables de una voluntad distinta a la nuestra. Al acercarse a sus criaturas, presumo que Dios prefiera la vigilia al sueño.

Don Francisco - Perdonad si me aferro un poco a una esperanza insensata, pero en todo esto, he creído comprender que la pared que me separa del recuerdo de mi hijo es ~~el remordimiento de no haberle comprendido mejor.~~

~~Don José - Cuidado con las paredes que fabrica la propia~~ el blanco temor de no haberle [~~enseñado el~~ ~~comprendido mejor~~] amor de su alma.

Don José - ¡Cuidado con las paredes que levanta la propia angustia! ¿Qué pretendéis hacer, hijo mío?

Don Francisco - Quisiera realizar, en alguna forma, el ensueño de mi hijo.

Cabo (entrando) Los señores don Félix y don Vicente preguntan por el señor.

Don Francisco - Hacedlos pasar aquí. ¿No ha llegado mi hermano Ernesto?

Cabo - Lo he visto ~~en la playa~~ cerca de la pajarera con su señora.

Don Francisco - Id en su busca.

Cabo - Al instante, señor.

ESCENA CUARTA

DON FRANCISCO, DON JOSÉ HERMENEGILDO, DON FÉLIX QUIROGA, DON VICENTE TORRES VIÑALS; más tarde M. ERNESTO MALLET; el cabo MATOS que

ENTRA Y SALE ANUNCIANDO A LOS QUE LLEGAN, TRAYENDO LUCES; AL FINAL VOZ DE LA BRUJA MARTINIQUEÑA; VOCES AFUERA.

Don Francisco - El resto de mis pensamientos los conoceréis cuando hable con estos señores. También ellos acuden a mi súplica.

~~Don Felix~~ cabo - (entra) aquí están los señores de la Estelania y de Castañer (sale al entrar los señores)

Don Felix - Padre José Hermenegildo. Buenas noches, don Francisco

Don José - Dios os guarde, señores.

Don Vicente - Querido padre; amigo don Francisco

Don Francisco - Sentaos, nobles vecinos. Mi hermano Ernesto se reunirá enseguida con nosotros.

Don José - ¿Habéis estado fuera, don Vicente?

Don Vicente - Solo hasta Maricao, padre José Hermenegildo. Hay planes para establecer un colegio de varones; colegio laico, por supuesto, pero con un baño de doctrina cristiana.

Don José - No os apuréis, don Vicente. También los maestros laicos son discípulos de Cristo.

~~Don Vicente~~ Don Felix - Conozco parte de esa región; tiene excelentes sem-deros, buenos pastos, arbustos aromáticos.

Don Vicente - A mi paso he visto varias haciendas, no tan grandes como las vuestras, pero bien dispuestas hacia el porvenir.

cabo - (entra) El señor de Pizarras Altas; don Ernesto (sale tan pronto le da paso al domiciliario)

Ernesto - Lamentaría haberos hecho esperar. Tengo mucho gusto en volver a saludar a los señores.

Don José - antes de irme, pasaré a saludar a vuestra esposa.

Don Francisco - Hace algunos días que interesaba hablar con vosotros. Me dispongo a tomar una medida que posiblemente pueda afectaros más que a nadie. Demás está deciros la prudencia con que todo será hecho para que mi decisión cause el menor trastorno posible a vuestros intereses. Cuando os contemplo a todos reunidos, más que en una reunión entre amigos, me parece estar en medio de mi familia.

Don Felix - Podéis hablar con absoluta tranquilidad, don Francisco.

Don Francisco - No es fácil deciros ~~esto llega la primera noche que pasé en una casa~~ lo que tengo que decir. Siempre me he sentido acompañado por los nobles sentimientos, por la virtud, por la sabiduría de los señores aquí presentes. En estos tres años que mis fincas han estado abandonadas, he observado con qué discreción, pero con cuánta generosidad, habéis aconsejado a mis capataces, a mis vaqueros y revisado las cuentas de mi intendencia. Muchas veces desde las ventanas de mi ~~casa he visto~~ casa, os he visto seleccionando mis semillas, dando órdenes para mis nuevas siembras. Sé que cabos vuestros, junto a los de esta hacienda, han trabajado para mí.

Don Vicente - Era lo menos que se podía hacer por un amigo abrumado por la muerte de su hijo.

Don Félix - Sabíamos, que tarde o temprano, nuestra solicitud obtendría vuestra comprensión.

Don Francisco - Tal vez, sin atreverme siquiera a meditarlo, lo que me proponía era hacer desaparecer esta hacienda en el fondo de la maleza, para que nadie pudiera oler con sus plantas los parajes que todavía pudieran recordar el paso de mi hijo. Ahora sé, que más que un gesto de amor, esto hubiera sido un acto de soberbia; quizás un acto de locura. Quedaban mi esposa, mi hermana, los hijos de Ernesto y Antonia Bonifacia; quedaban además los intereses de los nobles señores de Castañer y de la Estebanía, los que una noche estuvieron conformes en arriesgar sus vidas por salvar la honra de mi casa.

Don Vicente - Igual hubiérais hecho vos por nosotros. La hidalguía es el trato con que Dios une a los iguales en bondad.

Don Félix - Continuad, querido amigo.

Don Francisco - (secándose el sudor de la frente) Se me ha olvidado que mi hijo antes de partir dijo unas palabras, que desde entonces, me han mantenido profundamente conturbado: condenó el hecho que en esta hacienda trabajaran hombres libres al lado de hombres esclavos; que yo me hubiese lucrado del trabajo de estos últimos. Comprenderéis ahora el dilema en que me encuentro. Por un lado, mi corazón me ordena obedecer la súplica de mi hijo, la única súplica suya que conozco antes de una ausencia irreparable; por el otro lado, la gratitud, la amistad, la veneración que siento por vosotros, me impide obedecer a esa súplica, que tal vez, pueda lesionar seriamente vuestros intereses. ¿Qué, pensáis, señores, de esto? ¿Qué puedo hacer para cumplir con mi hijo sin perjudicaros? (Los señores, si no sorprendidos, se quedan silenciosamente inquietos)

Don Vicente - (resuelto) Es mi penoso deber advertiros, don Francisco, que habéis salido de una locura, para entrar en otra peor. Libertar a los esclavos es condenarnos a abandonar nuestras haciendas.

Don Félix (más cauteloso) Hasta hoy no había querido deciros, para no entristecer más vuestro ánimo. Mas la plaga de comercio que ha creado el mercantilismo europeo, se ha aprovechado mejor que nosotros, del favor de la Corona. Hoy, casi estamos obligados a vender al precio que nos imponen los especuladores de otros países que no tienen por qué hacer causa común con los españoles. Creíamos que bastaba con el dominio de las tierras de labrantío;

recién empezamos a descubrir que también es preciso dominar las comisiones mercantiles, las casas consignatarias, los transportes, la política. Pronto tendremos que ir a los pueblos a organizar nuestro propio mercado.

Don Vicente - (mas controlado) No quiero dejaros la impresión de que soy ~~ser~~ un esclavista sanguinario, uno de esos señores feudales del carimbo, como antes nos llamaban los liberales, amantes de la patria. Os aseguro que a mis esclavos les permito trabajar en lo que mas les guste, como zapateros, aguadores o en el despoblado ~~cimarronera~~. He exigido que se les respeten sus amores, sus familias, hasta sus ritos. Cuando algun hombre blanco tiene comercio ~~...~~ carnal con una esclava, lo obligo a pagar su rescate, y vivir con ella, como marido y mujer.

Don Félix - Hace cinco años que todos los esclavos de ~~mi familia~~ mi hacienda salieron de la barraca; se les ha hecho casar a todos los que tienen familia; los otros duermen en sus barracas en ~~el~~ los ranchos de la vainilla. He convertido ~~el~~ el cuarto de cepo en una carbonera. Apenas se les vigila; sin embargo, ninguno ha abandonado la hacienda.

Don Francisco - Tal vez les dure el terror a las antiguas ence-rías(?) de esclavos. He visto en sus piernas las mordeduras de los perros mallorquines. No sé, no sé...

Don Vicente - Además, hay un caso de conciencia que no resolvería la emancipación, ¿qué hacer con los esclavos viejos que se han quedado sin familia? Si salieran de estas tierras, quedarían convertidos en mendigos.

M. Ernesto - Hace unos momentos vi a cuatro esclavos ancianos arrimados a la arcada de los tulipanes, graves y ensimismados, como estatuas de pagoda. Indudablemente, para ellos, estas haciendas tienen que ser algo así como un arca de Noé mal repartida.

Don Félix - Desde que la rueda inglesa ha substituido a las mijarras(?) funciona mejor la ~~s...~~ fuerza animal que ~~la fuerza esclava~~ el brazo negro.

M. Ernesto - Se me ocurre pensar en convertirlos en aparceros, que se ocupen acostumbrando a producir para ellos mismos.

Don Francisco - Comparados con los españoles y los ~~...~~ pardos libres, son malos hortelanos. Yo pensaba embarcarlos hacia las Antillas negras.

Don José - Eso sería dejarlos a merced nuevamente de los traficantes del ébano negro. No es darles la libertad como un acto de ~~venganza~~ altruismo y ~~dejarlos a merced~~ despreocuparnos de ellos. El problema tenemos que resolverlo aquí. Es educarlos y comprometernos todos a su protección.

M. Ernesto El plan que se me ocurre es hacerlos libres sin que ellos se dieran cuenta; mantener en secreto sus cédulas, para protegerlos de la codicia de los traficantes, y empezar poco a poco, a remunerarle su trabajo.

~~Don Francisco - Como cuestión de hecho, eso es lo que ha~~

Don Francisco - Algo parecido he intentado hacer. No me había
atrevido a remunerar su trabajo abiertamente, os temo a
agraviar las cajas de ahorro de las otras haciendas, pero el
fruto de su trabajo lo he ido entregando a don Daniel Casals [?]
y a su hija Libertad a que lo empleen en la emancipa-
ción de los reciennacidos.
Don Félix - (generoso, como siempre) No creo que la cuestión
sea tan grave como la hemos imaginado.
Don Vicente - Yo no puedo comprometerme a tanto. Comprendo
que algun día, hasta el hecho de alimentar el brazo negro
se convertirá en una carga para estas haciendas. Pero,
de momento, no puedo cambiar el regimen laboral de mi
casa.
Don Francisco - Yo os aseguro que ~~des~~, dejaré todo el tacto
que sea necesario, para que no sufran ni vuestra digni-
dad ni vuestros intereses, querido don Vicente.
Don Vicente - No obstante, tenéis ~~[illegible]~~ ni perjuicio, para
seguir en vuestra hacienda la conducta que mayor ~~[illegible]~~ pues la
traiga a vuestro corazón ~~[illegible]~~ de padre.
M. Ernesto - Algunas veces me pregunto cuanto más durará
este trasunto ~~de sociedad~~ feudal, un tanto ingenuo, que
representan las haciendas de Puerto Rico.
Don Félix - Poco tiempo, monsieur. Las civilizaciones ~~a-~~
~~únicas se cristalizan en el aislamiento~~, pero se ~~suelen~~
patriarcales se cristalizan en la soledad, pero se
quiebran en cuanto se abren las rutas del mundo.
Don Francisco - ¿Qué será de estas haciendas el día que
nos retiremos de ellas los señores?
Don Vicente - (duro siempre, pero muy cortés). Preguntad
mejor, ¿qué será de ~~los~~ nosotros cuando tengamos que
abandonar estas haciendas?
Don Félix - Es verdad, señora. El verdadero señorío lo da la tierra,
poseedor sobre el suelo, propio. La tierra
es el único patrimonio acostumbrado a guardarle fide-
lidad a su amo.
Don José - (metiendo su baza de cura) - Por eso debemos
mantenerla limpia de toda injusticia, de todo pecado, para
Don Francisco - La cuestión de la esclavitud es mucho
más complicada de lo que ~~[illegible]~~ suponía.
Don José - (tomando el púlpito) Lo importante, hijos míos,
es que siempre consideréis a vuestros esclavos, ~~seres hu-~~
~~manos~~, como seres humanos, como todas las criaturas creadas
por Dios; que se les ~~desdibuje del fondo~~ en el fondo ~~y empecéis a~~
~~de la conciencia como iguales vuestros~~
tan dignos de amor y de respeto como si fueráis
vosotros mismos; y que empecemos todos a borrar del
fondo de sus conciencias el miedo que una vez
sembró en ellas el látigo, la ira del capataz,
el menosprecio a su oscuro entendimiento. Así, pronto
los conquistaremos para nuestro Dios, para el trabajo.

Don Felix - ¿ van algunos de ellos a la ermita, padre?

Don José alguno van. Pero mejor que asistir a la misa, con los señores y los campesinos, prefieren sentarse en los bancos cuando iglesia está vacía, y mirar a los santos, con ojos inexpresivos. Yo los uso continuamente en la limpieza del campanario y en el adorno de los altares. Siempre los obligo a sentarse a mi mesa y comer conmigo. Pero en cuanto me descuido, se ~~tiran~~ sientan a comer en el suelo, junto a mis pies.

Don Vicente - ¿creéis posible que lleguen a amar a nuestro Dios?

Don José Es difícil combatirles su superstición, el temor a la naturaleza y que heredaron de sus padres, pero siempre hay que esperar...

Voz de la bruja (afuera) ¡Francisco de Andrade, negrero de la hacienda de los cuatro Vientos, prepárate a morir como murió tu hijo! Sembraste tu hacienda con el sudor y la sangre de tus esclavos para que la disfrutara un hijo hermoso y altanero como tú, pero ahora la disfrutará una calavera. Todos los Andrades están malditos, maldita está tu casa, maldito todo cuanto... (la frase queda interrumpida por un grito horrible, un estertor de muerte que reproducen los montes como un eco fatídico. Los señores se han quedado petrificados por la sorpresa, menos don Francisco que mueve la cabeza tristemente, pero sin amargura.)

~~ESCENA QUINTA~~

~~DON FRANCISCO, DON FELIX, DON VICENTE, M. ERNESTO, el padre JOSÉ HERMENEGILDO; casi en~~

Voz (afuera) ¿Qué has hecho, desgraciado?

Voz (afuera) El señor había prohibido tocar a esa infeliz.

~~cabo~~ (afuera) Que nadie se mueva de aquí hasta que ~~hable con el señor~~ lo eleve ante el señor.

ESCENA QUINTA

DON FRANCISCO, el padre JOSÉ HERMENEGILDO, don Felix, DON VICENTE, M. ERNESTO; en seguida TORTOLA RUIZ por una puerta y ANTONIA BONIFACIA, por otra; casi en seguida, el cabo MATOS, PICO MACHADO y MATIAS ALCOVER traen asarrado al esclavo JACINTO, empujado por COMAS y MENILDE PORRATA, con las manos LLENAS DE REGALOS, SE QUEDAN ASUSTADOS en el dintel de la PUERTA. Al final de la escena GOMITO MATIAS ALCOVER;

Tortola - (corriendo hacia su marido) ¡Señor, mi señor! ¡Cuánto habréis sufrido! Esa miserable bruja ha vuelto a maldeciros, ha vuelto a mencionar vuestro ~~digno~~ nombre.

~~Antonia - ¡Hermano! Que significa esto~~

Don Francisco - No os alarméis, señora, esta vez mi alma estaba preparada para recibir el ultraje.

Antonia - ¡Hermano! ¡Hermano! ¿Qué significa ese grito, ese grito espantoso?

M. Ernesto - (acudiendo a ella) Pronto lo sabremos, señora.

(Entran lívidos, sudorosos, temblando de miedo, el Cabo Mator, Matías Alvarez, Manuel Aguilera, Pico Machado, arrastrando según se ha indicado, al esclavo Jacinto.)

Cabo - Perdonad, señor, pero ha sucedido una desgracia terrible.

Matías - No hemos podido evitarlo, señor.

Pico - Alguien se ha atrevido a desobedecer vuestras órdenes.

Manuel - Cuando llegamos ya era demasiado tarde.

Don Francisco, (con una noble calma) - ¿Qué ha sucedido?

Cabo - Parece que las luces atrajeron esta noche, hasta cerca de la casa, a la bruja Martiniquena. Cuando empezó a blasfemar contra el señor, contra el niño Francisco, el esclavo Jacinto corrió como un loco desde la vaquería, la agarró por el cuello, y la ha estrangulado, señor.

Don José - Permitidme poner unas cruces sobre la frente de esa desdichada (Sale)

Pico - ¿Qué hacemos con el esclavo, señor?

Don Francisco - Soltadle.

Matías - Perdone el señor, ¿no hay que entregarlo a la justicia?

Don Francisco - En esta hacienda no hay más justicia que la mía. Apartaos. (Se acerca al esclavo Jacinto y lo levanta por los hombros) ¿Por qué has matado a esa infeliz, hijo mío?

Jacinto - Esta noche estuvo revoloteando sobre los ranchos de los esclavos un garzón, diciendo que viene todas las noches claras a visitar a sus negritos. Los negros son muy [illegible] Las aves son muy tiernas, señor, y son las almas de los que se mueren, que no se atreven a entrar de nuevo a su casa, [illegible] y se quedan revoloteando afuera. Con la voz de la bruja, el garzón se asustó y subió a esconderse detrás de las nubes, diciendo. Nadie más volverá a espantar al garzón.

Tórtola - Es extraño. Sonríe como un santo.

Don Francisco - Es que además de a la bruja, su mano ha estrangulado toda la pesadumbre de su raza. Ha bastado la superstición, los muñecos del terror, la ira de un hombre bueno, para que esta noche, todos, podamos sentirnos libres en la Hacienda de los Cuatro Vientos.

TELON

Don Francisco - No os extrañéis, hermana. Con una sola mano, además de a un ser maléfico, el esclavo ha estrangulado toda la superstición, la pesadumbre de su raza. Ha bastado la ira de un hombre bueno, para que esta noche todos podamos sentirnos libres en la Hacienda

Don Francisco - sonríe porque con la misma mano que ha estrangulado a un ser que él considera ~~dañino~~, malévolo, ha estran-~~gulado~~ gulado la superstición, la pesadumbre de su raza. Ha bastado la ira de un hombre honrado, para que todos nos sintamos ~~altos~~ mas libres, mas limpios, mas generosos.. (Don Francisco baja de su pequeño estrado gótico y besa al esclavo en la frente.

TELON